



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

**Dinámicas socioculturales del consumo de pornografía y sus representaciones corporales en
adultos jóvenes (18–29 años) de Medellín**

Karoll Yiseth Rojas Betancur

Trabajo de grado presentado para optar al título de Antropólogo

Asesora

Natalia Andrea Restrepo Antropóloga, Magíster (MSc) Antropología

Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Antropología

Medellín, Antioquia, Colombia

2026



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Cita

(Rojas Betancur, 2026)

Referencia

Estilo APA 7 (2020)

Rojas Betancur, Karoll Yiseth. *Dinámicas socioculturales del consumo de pornografía y sus representaciones corporales en adultos jóvenes de Medellín (18–29 años)* [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos

Tabla de contenido

Resumen	8
Abstract	9
Introducción	10
1. Planteamiento del problema.....	11
2. Justificación	13
3. Objetivos.....	14
3.1. Objetivo general	14
3.2. Objetivos específicos.....	14
4. Estado del arte.....	15
5. Marco Teórico.....	27
5.1. Del discurso al algoritmo	27
5.2. Farmacopornografía y régimen contemporáneo del cuerpo.....	29
5.3. Cuerpo y las representaciones corporales	33
5.4. Consumo pornográfico y gestión del placer en espacios virtuales.....	38
5.5. Espacio, género y prácticas relacionales: lo público y lo privado del placer	40
6. Metodología	46
6.1. Estrategia metodológica	46
6.2. Técnicas de producción de información.....	47
6.3. Unidades de trabajo y de análisis	48
6.4. Consideraciones éticas	49
7. Resultados y Hallazgos	50
7.1. Conceptos clave.....	50
7.2. Ecologías de consumo, acceso y circulación: el escaparate y sus condiciones de posibilidad	54

7.3.	Geografías del deseo digital: entre la ciudad y la pantalla	55
7.4.	Primeros contactos: edad, mediaciones y socialización sexual.....	55
7.5.	Dispositivos y espacialidades: privacidad, vigilancia y economía del secreto	57
7.6.	Plataformas y circuitos: espacios percibidos como más libres.....	58
7.7.	La etiqueta como promesa: categorías, títulos y economía de la atención.....	61
7.8.	Representaciones corporales: cómo se enseña a mirar y cómo se fabrica el “cuerpo deseable”	62
7.9.	El cuerpo como territorio recortado: partes que se vuelven protagonistas	63
7.10.	Desigualdad de exposición: rostro, anonimato y quién aparece “completo”	66
7.11.	Pensarse otras categorías en la industria pornográfica.....	67
7.12.	Identidades Etiquetadas: Cercanía y Exotismo en el Consumo de lo Local	69
7.13.	Cartografías corporales: un mapeo desde las experiencias pornográficas	70
7.14.	Afectos antes, durante y después: culpa, ansiedad, placer, alivio, validación	75
7.15.	Comparación corporal, autoestima y presión por el rendimiento	76
7.16.	Estrategias de regulación y distancia crítica: seleccionar, migrar, conversar	79
7.17.	Género, sexualidad e identidades: guiones relacionales, poder, consentimiento y lenguaje 81	
7.18.	Lenguaje y mandato: cuando la palabra ordena la escena	82
7.19.	Síntesis triangulada: convergencias, tensiones, aportes y propuesta de escritura clara 83	
Conclusiones		85
Referencias		91

Lista de tablas

Tabla 1 Matriz de triangulación (síntesis).	84
--	----

Lista de Ilustraciones

Ilustración 1 Cartografía P1: placer, complejos y comparación corporal.	71
Ilustración 2 Cartografía P6: “zonas que el porno resalta”	72
Ilustración 3 Cartografía P2: placer, seguridad e inseguridad asociada a “temas estéticos del sistema”	77
Ilustración 4 Cartografía P4: desaprender, placer e ideas en disputa	80
Ilustración 5 Cartografía P7: marcas de gusto, disgusto y zonas.....	83

Lista de figuras

Figura 1 Metáfora visual del cuerpo en el régimen farmacopornográfico, donde el cuerpo aparece atravesado por tecnologías químicas, mediáticas y de consumo	33
Figura 2 Identidad de participantes entrevistados (n=20).	54
Figura 3 Edad del primero contacto con pornografía (n=20)	56
Figura 4 Distribucion del dispositivo de primer acceso al consumo (n=20).....	58
Figura 5 Plataformas mencionadas en entrevistas (frecuencia).	59
Figura 6 Distribución de plataformas en el corpus de análisis de contenido (n=20).	61
Figura 7 Esquema general de análisis: de la plataforma a la interpretación.	62
Figura 8 Captura de pantalla tomada de la pagina web Pornhub, que muentran las sugerencias que existen cuando se buscan categorias especificas	64

Resumen

Esta investigación analiza las dinámicas socioculturales que emergen del consumo de pornografía y sus representaciones corporales en la ciudad de Medellín. El estudio adopta un diseño cualitativo de etnografía digital e híbrida, empleando herramientas como entrevistas semiestructuradas, análisis de contenido audiovisual y cartografías corporales para comprender cómo este consumo moldea el deseo y la identidad. Los hallazgos revelan que el consumo se gestiona principalmente de forma privada, utilizando el celular como un "cuarto propio portátil" que permite navegar bajo una economía del secreto y evitar el estigma social. Se identifica que la industria pornográfica opera mediante una fragmentación corporal que enseña técnicas de la mirada centradas en estándares de belleza normativos y presiones de rendimiento. Esto genera tensiones en los usuarios, quienes a menudo comparan sus propios cuerpos con los modelos ideales de la pantalla, produciendo inseguridades o "zonas de conflicto" en su autoimagen. No obstante, el estudio concluye que el consumo no es una práctica pasiva; los participantes utilizan la pornografía como un "manual" informal ante vacíos de educación sexual, pero también desarrollan tácticas de resistencia y búsqueda de representaciones disidentes que desafían los guiones hegemónicos del capitalismo farmacopornográfico. En definitiva, el placer digital aparece como un campo de tensiones donde se negocian identidades y nuevas formas de habitar la intimidad.

Palabras clave: pornografía, representaciones corporales, etnografía digital, deseo, biopolítica, subjetividad.

Abstract

This research analyzes the sociocultural dynamics emerging from pornography consumption and its body representations in the city of Medellín. The study adopts a qualitative digital and hybrid ethnographic design, using tools such as semi-structured interviews, audiovisual content analysis, and body cartographies to understand how this consumption shapes desire and identity. Findings reveal that consumption is primarily managed privately, using mobile phones as a "portable private room" that allows for navigation under an economy of secrecy to avoid social stigma. It is identified that the pornographic industry operates through body fragmentation, teaching gaze techniques centered on normative beauty standards and performance pressures. This creates tension in users, who often compare their own bodies with the ideal models on the screen, producing insecurities or "conflict zones" in their self-image. Nevertheless, the study concludes that consumption is not a passive practice; participants use pornography as an informal "manual" in the absence of formal sexual education, but they also develop tactics of resistance and search for dissident representations that challenge the hegemonic scripts of pharmacopornographic capitalism. Ultimately, digital pleasure appears as a field of tension where identities and new ways of inhabiting intimacy are negotiated.

Keywords: pornography, body representations, digital ethnography, desire, biopolitics, subjectivity.

Introducción

En la actualidad, las dinámicas de interacción social han sido profundamente reconfiguradas por la expansión de las tecnologías digitales y el acceso constante a la red. Indiscutiblemente, la presencia de dispositivos móviles en la cotidianidad ha transformado el celular en un "cuarto propio portátil", un espacio íntimo donde se gestionan placeres, deseos e identidades lejos de la mirada pública y bajo una economía del secreto que intenta sortear el estigma social aún vigente. Puesto que la pornografía se ha integrado como un contenido ordinario y de fácil acceso en el "scroll" digital de los jóvenes, este documento se propone analizar con rigor académico su impacto en la construcción de las representaciones corporales y las subjetividades en la ciudad de Medellín.

Ahora bien, la pertinencia de este estudio surge dado que persiste un silencio institucional y familiar significativo en torno a la sexualidad, lo que a menudo convierte a estas imágenes en el único "manual" práctico e informal de aprendizaje disponible para las nuevas generaciones. En efecto, la pornografía no opera como un fenómeno aislado o meramente recreativo, sino como una potente tecnología cultural que enseña técnicas de la mirada y prescribe guiones específicos sobre cómo debe comportarse el cuerpo, quién debe conducir la escena y qué se considera un desempeño "correcto". Por consiguiente, el presente trabajo busca trascender los enfoques moralistas tradicionales para observar de qué manera los sujetos negocian su autoimagen y sus afectos frente a una industria que, mediante la fragmentación corporal, tiende a convertir la carne en una mercancía de consumo rápido y estandarizado.

Simultáneamente, la investigación adopta una perspectiva cualitativa sustentada en la etnografía digital e híbrida, reconociendo que lo virtual no es un mundo aparte, sino que está plenamente incrustado en la vida diaria de los jóvenes de Medellín. El propósito central de este ejercicio es explorar no solo lo que se proyecta en la pantalla, sino lo que sucede en el cuerpo de quien mira; para ello, se emplean herramientas como las cartografías corporales, que permiten visibilizar aquellas tensiones, seguridades e inseguridades que el discurso verbal suele omitir. Teniendo en cuenta esta estructura, el texto ofrece un análisis situado que vincula las infraestructuras tecnológicas con las experiencias más profundas de la intimidad contemporánea.

1. Planteamiento del problema

La esfera digital ha experimentado transformaciones profundas que se reflejan especialmente en la vida de los jóvenes. Estos cambios no solo se evidencian en el creciente acceso a dispositivos y medios tecnológicos, sino también en las implicaciones sociales y culturales que dicho acceso conlleva. En este sentido, el consumo digital se ha convertido en una expresión de las dinámicas capitalistas contemporáneas, donde las prácticas cotidianas están mediadas por la tecnología y moldeadas por los intereses del mercado. Así, el territorio virtual se presenta como un espacio en el que se reconfiguran las formas de interacción, el modo en que se relacionan con las plataformas, las redes sociales y los entornos digitales en general, revelando cómo el consumo trasciende lo material para instalarse en las experiencias, los vínculos y las identidades mismas.

Asimismo, en medio de la expansión tecnológica, la sexualidad ha encontrado nuevos escenarios de expresión, aprendizaje y consumo. Las redes sociales, los medios audiovisuales y los espacios virtuales han transformado la manera en que los jóvenes se relacionan con el deseo, el cuerpo y el placer, produciendo repertorios visuales y narrativos que circulan de forma cotidiana y, en muchos casos, se naturalizan. En este contexto, la pornografía surge como uno de los contenidos más accesibles y consumidos, convirtiéndose en un referente silencioso pero influyente en la construcción de representaciones corporales, así como en los imaginarios sobre la sexualidad, las relaciones y las identidades. Comprender este fenómeno permite analizar no solo su presencia mediática, sino también la forma en que incide en la producción de significados compartidos y en las dinámicas sociales que configuran la cultura contemporánea.

Sin embargo, pese a su amplia circulación, el consumo de pornografía continúa siendo un tema poco problematizado en los espacios académicos y sociales, generalmente es abordado desde el tabú, la moralización o enfoques reducidos al ámbito individual. Ésta mirada limitada ha dificultado comprender las implicaciones culturales, sociales y simbólicas que dicho consumo tiene en la construcción de las representaciones corporales y en la manera en que los jóvenes interpretan, negocian y viven el deseo y el placer en su cotidianidad. En este sentido, la pornografía no opera únicamente como un contenido privado, sino como una práctica cultural que participa en la producción de imaginarios colectivos y en la normalización de ciertas formas de ver, sentir y relacionarse.

La intención de este trabajo investigativo surge ante la escasa información y las limitadas discusiones existentes en torno al consumo de pornografía en la ciudad de Medellín. Aunque éste fenómeno forma parte de la vida cotidiana de muchos jóvenes, su análisis situado ha sido poco desarrollado, lo que ha contribuido a invisibilizar las tensiones que se producen entre lo íntimo y lo público, el consumo privado y sus efectos sociales, así como entre las experiencias individuales y los marcos culturales que las atraviesan. Ésta falta de reflexión crítica ha dificultado comprender cómo el consumo de pornografía se articula con dinámicas urbanas, juveniles y digitales específicas.

Este estudio busca abrir un espacio de reflexión crítica que permita reconocer la pornografía no solo como un producto mediático, sino como una práctica social situada, vinculada a transformaciones más amplias en la gestión del deseo, el cuerpo y el placer. Desde esta perspectiva, la pornografía se entiende como un espejo, no pasivo ni transparente de las tensiones sociales, culturales y simbólicas que atraviesan la sexualidad en contextos urbanos contemporáneos, y que adquieren particular relevancia en la experiencia de los adultos jóvenes de la ciudad de Medellín.

2. Justificación

La pertinencia de esta investigación se sustenta, en primera instancia, en la necesidad de comprender la pornografía como una "pedagogía informal" que opera ante los vacíos históricos de la educación sexual formal. Se desea conocer este tema porque, más allá de ser un producto de consumo, estas imágenes funcionan como un manual de instrucciones que prescribe formas de mirar, sentir y actuar sobre el propio cuerpo. Estudiar este fenómeno permite desentrañar cómo los usuarios negocian su identidad frente a una industria que impone estándares estéticos normativos y presiones de rendimiento que suelen derivar en inseguridades físicas.

Se seleccionó este objeto de estudio debido a la particular configuración que el consumo adquiere a través de los dispositivos móviles, los cuales se han transformado en un "cuarto propio portátil". Esta condición permite que el placer se gestione bajo una "economía del secreto", un fenómeno social donde el sujeto navega entre el deseo privado y el estigma público. Seleccionar a Medellín como escenario permite observar cómo estas dinámicas globales del "capitalismo farmacopornográfico" se aterrizan en un contexto urbano específico, donde las representaciones de género y los ideales de belleza tienen una carga cultural propia que debe ser analizada críticamente.

En cuanto al aporte a la ciencia, este documento ofrece un valor agregado en el ámbito de las ciencias sociales al implementar la "etnografía híbrida" y las "cartografías corporales" como herramientas de recolección de datos. Mientras que la mayoría de los estudios sobre el tema se limitan a análisis estadísticos o discursivos, esta investigación aporta una metodología sensible que permite localizar las tensiones y afectos directamente en la geografía del cuerpo de los participantes. De esta manera, se brinda una base científica para entender la "fragmentación corporal" y la cosificación en la era digital.

3. Objetivos

3.1. Objetivo general

Analizar las dinámicas sociales y culturales a partir de las representaciones corporales en el consumo de pornografía de los adultos jóvenes de la ciudad de Medellín entre 18 y 29 años.

3.2. Objetivos específicos

- Describir las representaciones corporales presentes en la pornografía consumida por adultos jóvenes en Medellín.
- Examinar las percepciones e interpretaciones que los adultos jóvenes construyen a partir de dichas representaciones corporales.
- Comprender de qué manera esas interpretaciones se vinculan con dinámicas sociales y culturales, especialmente en la construcción de identidades de género y prácticas relacionales.

4. Estado del arte

“POR-NO- GRA-FÍA” más que una palabra ha estado envuelta en diferentes discursos y empleada en la escritura que si bien, han hecho énfasis en querer observar, emocionar, pensar, mencionar y señalar la corporalidad desde escenarios como lo político, social, económico y cultural. Señalando que existe una correspondencia al mundo de la mercantilización del deseo y el placer mostrando “los cuerpos” como disponibles, vendibles y normalizados. Así mismo, la pornografía no evoca neutralidad, ya que desde su origen implica una sospecha en relación con la otredad como un dispositivo que contribuye a gestionar la sexualidad en que alguien mira, clasifica y consume; otra persona es clasificada, mostrada y consumida.

Por consiguiente, mucho antes de que existiera el término, ya había imágenes y relatos eróticos en distintas culturas, pero no se los llamaba “porno”; eran cuentos picantes, poesía obscena, frescos y figuras que circulaban en espacios limitados. Cuando empezaron a denominarse ciertas representaciones sexuales explícitas como pornográficas, han quedado asociadas a lo vulgar, lo peligroso, lo que hay que esconder o controlar. En muchos contextos, decir que algo “es porno” ha sido una manera de activar la censura y el castigo, más que de describir técnicamente un contenido. La pornografía ha funcionado como un semáforo moral que señala aquello que una sociedad declara intolerable en público y, al mismo tiempo, como un espacio donde se explora el deseo y se critican instituciones políticas y religiosas.

Asimismo, es importante señalar que distintas culturas buscaban representar imágenes y relatos eróticos en cerámicas, frescos, manuscritos, grabados o pequeñas esculturas que circulaban en espacios restringidos, cortesanos o clandestinos. Con la invención de la imprenta, surgieron las novelas libertinas, los panfletos obscenos y la literatura “galante”, que mezclaban sexo, sátira política y crítica religiosa, a menudo perseguidos por leyes de censura y campañas moralistas. En los siglos XIX y XX, la fotografía, las revistas ilustradas y finalmente el cine ampliaron el alcance de estas representaciones, al tiempo que se consolidaron marcos jurídicos, discursos médicos y religiosos que intentaban definir qué era obsceno, qué se debía ser ocultar y qué podía circular como arte o entretenimiento legítimo. Es sobre este trasfondo de circulación limitada, censura intermitente y disputas morales en torno a libros, imágenes fijas y películas donde más tarde se insertará la expansión tecnológica de la pornografía en televisión e internet.

En paralelo, con el auge de la tecnología y la expansión de lo digital, la pornografía ha pasado a ser una presencia constante en la vida cotidiana de las personas que lo consumen. Se encuentra en los navegadores, en los mensajes enviados, en los memes, en las conversaciones entre amigos, etc. Ya no se limita a ser solo una industria ni un conjunto de videos, sino que se ha convertido en una forma de poner el cuerpo en escena, de organizar el deseo y de establecer quién puede ser mirado, cómo y en qué condiciones. La pornografía dejó de estar concentrada solo en revistas, cines X o videoclubes y pasó también a habitar buscadores, plataformas de vídeo, redes sociales, chats privados y servicios de mensajería. Se instaló en dispositivos digitales como en el teléfono, el computador, la Tablet, etc.

Estos cambios han hecho que, en distintos lugares del mundo, diversas disciplinas desde el campo de las ciencias sociales, como también la medicina e incluso el derecho, se interesen en abordar la pornografía desde diferentes campos de análisis. En algunos contextos, el punto de partida ha sido las alarmas sociales ya que se la vincula con la violencia sexual, con la llamada “adicción”, con el inicio temprano de prácticas sexuales o con la transformación de las expectativas en las relaciones afectivas. Se estudia quién consume, cuánto, desde qué edades, en qué escenarios, y se intenta medir si hay cambios en conductas, actitudes o malestares asociados a ese consumo.

También se ha consolidado una línea de investigación que considera la pornografía como un terreno donde se encuentran algo más profundo: la construcción de identidades de género, jerarquías raciales, normas de belleza, formas de ejercer el poder y resistencias. Desde feminismos, teorías queer y estudios críticos de la sexualidad que insisten en que cada escena pornográfica es también un pequeño relato político, cuáles cuerpos se muestran como deseables y cuáles quedan expulsados de la escena. La pornografía aparece en un escenario de discusión, un lugar donde se pueden reforzar violencias y desigualdades, pero también un espacio donde algunas personas descubren y exploran otros placeres, otros cuerpos posibles, otras alianzas.

Asimismo, atraviesa debates sobre cuidado, violencia, libertad, trabajo, mercado y tecnología. Convertida en una especie de laboratorio de la vida contemporánea, ha impulsado investigaciones muy distintas entre sí, pero con un punto en común que es la intuición de que, al mirar críticamente la pornografía, no se estudia un “mundo aparte”, sino una de las caras más intensas de las dinámicas sociales y culturales actuales. De la misma forma, aquí se traza una ruta que va desde estudios producidos en contextos principalmente europeos y estadounidenses, con gran importancia pasando por las miradas latinoamericanas y se detiene después en las

investigaciones desarrolladas en Colombia. Ese recorrido permite ubicar el lugar específico de este trabajo investigativo, comprender las dinámicas sociales y culturales que se juegan en las representaciones corporales presentes en el consumo de pornografía de adultos jóvenes en Medellín.

En el marco de investigaciones que cuestionan la centralidad del daño, McCormack & Wignall (2017), a partir de 35 entrevistas en profundidad realizadas a hombres universitarios, en Estados Unidos, analizan el consumo de pornografía desde un enfoque inductivo. En efecto, Sus hallazgos muestran que, en este grupo específico, la pornografía fue narrada como una práctica de ocio, exploración e incluso educación sexual, más que como experiencia problemática. En particular, los participantes la describieron como una actividad integrada al tiempo libre, asociada al placer inmediato y al alivio del aburrimiento, pero también como un recurso para explorar deseos, procesar la propia identidad sexual y ensayar imaginariamente prácticas futuras. Desde esta perspectiva, el estudio se inscribe en una línea que desplaza la pregunta por los efectos nocivos hacia una comprensión situada de las experiencias de consumo, subrayando la agencia de los sujetos en la interpretación de los contenidos. No obstante, el carácter homogéneo y universitario de la muestra, así como su focalización en hombres con orientaciones sexuales no exclusivas, delimita el alcance de sus conclusiones y sugiere la necesidad de contrastar estos hallazgos con otros contextos sociales y configuraciones identitarias.

De manera similar, un estudio cualitativo realizado por Asman (2023), con 18 espectadores turcos explora las manifestaciones lúdicas del consumo de pornografía desde una perspectiva etnográfica y teórica. En este trabajo, el consumo de contenidos no se presenta como una interiorización pasiva de guiones preestablecidos, sino como un proceso activo donde los participantes describen al porno como un “objeto para jugar”, una herramienta con la cual ensamblar escenas, imaginar conversaciones y construir experiencias de placer según sus preferencias. En esta lectura, el material pornográfico permite probar, combinar y descartar elementos narrativos o estéticos más que reproducirlos mecánicamente, lo cual sitúa al cuerpo pornográfico y al artefacto audiovisual como catalizadores de experimentación subjetiva. Esto contribuye a una línea interpretativa que concibe el consumo no solo como ocio o entretenimiento, sino como un espacio donde se negocian normas culturales, deseos y sentidos individuales, y desafía las nociones de imitación automática que predominan en el paradigma de los efectos.

En este mismo sentido, otros trabajos adoptan una perspectiva teórica para interrogar qué ocurre con el cuerpo cuando la sexualidad se desplaza a entornos digitales. En su artículo sobre sexualidad digital y encarnación emocional, Auriemma (2025) propone que en estos espacios el cuerpo no se define por la materialidad orgánica sino por procesos configurados dentro del ecosistema digital. Desde esta aproximación conceptual, avatares, perfiles e imágenes editadas no son simples representaciones, sino formas de corporeidad mediada que participan en dinámicas afectivas y relacionales. En este sentido, mirar y producir pornografía en línea implica intervenir en procesos de construcción identitaria y negociación simbólica, donde se experimenta con versiones mediadas de uno mismo y de los otros, y donde el deseo se articula a través de dispositivos tecnológicos que redefinen la experiencia corporal.

Aunque el consumo de pornografía aparece en numerosos estudios como una práctica extendida, la literatura también muestra que dicha normalización no elimina el estigma social que la rodea. En efecto, en el contexto británico, Macdowall et al. (2025) resumen esta ambivalencia al señalar que el uso de pornografía es común, pero estigmatizado. Según sus hallazgos, las personas entrevistadas refieren utilizarla principalmente para facilitar la excitación en la masturbación en solitario, pero también como recurso para regular el estado de ánimo, disponer de un tiempo para ellos mismos o explorar aspectos de su identidad sexual. Sin embargo, esta práctica suele gestionarse de manera estratégica: muchos participantes afirman ocultarla, rechazar la etiqueta de “adicto al porno” y enfatizar que se trata de un consumo controlado, e incluso compatible con una vida sexual en pareja. Así, el estudio pone de relieve la tensión entre la incorporación cotidiana de la pornografía y las narrativas morales que continúan marcándola socialmente.

En consecuencia, al analizar la calidad de los vínculos eróticos, Lawless & Karantzas (2024) presentan una investigación prospectiva realizada con 309 personas que se encontraban en una relación de pareja. El estudio distingue entre la excitación sexual dirigida hacia la pareja y aquella vinculada al consumo de pornografía. Los resultados indican que la excitación hacia la pareja no se asocia con cambios significativos en la calidad ni en la estabilidad de la relación; en contraste, la excitación ligada al porno se relaciona con descensos en la satisfacción sexual y en la calidad y estabilidad relacional. Estos hallazgos sugieren que el impacto del consumo no depende únicamente de su existencia, sino de la manera en que se articula dentro de la dinámica de pareja, especialmente en términos de comunicación, negociación y posible desplazamiento del encuentro erótico compartido.

De esta manera, el consumo de pornografía no puede entenderse al margen de los climas morales y religiosos en los que se inscribe. A partir de un análisis que cruza datos individuales en Estados Unidos con variables contextuales de religiosidad y conservadurismo político Perry & Whitehead (2020) se encuentra que los indicadores de interés por la pornografía tienden a ser más altos en entornos con mayores niveles de conservadurismo religioso. En particular, el estudio señala que los evangélicos que residen en estados políticamente más conservadores reportan las tasas más elevadas de consumo. Estos hallazgos sugieren una relación paradójica entre regulación moral y práctica privada: en contextos donde el control social de la sexualidad es más rígido, la pornografía podría operar como un espacio clandestino de exploración, evidenciando tensiones entre norma pública y deseo individual. Lejos de indicar simplemente una contradicción individual, esta dinámica puede leerse como un efecto estructural de los regímenes morales que intensifican la vigilancia sobre el cuerpo y el deseo. En tales escenarios, la pornografía no desaparece por efecto de la censura simbólica, sino que se reconfigura como práctica privada, silenciosa y, en ocasiones, culpabilizada. Así, el consumo no solo refleja preferencias sexuales, sino también formas de negociación con mandatos religiosos y expectativas comunitarias, mostrando que la relación entre moralidad pública y conducta íntima es menos lineal de lo que ciertos discursos normativos suponen.

Por otro lado, algunas investigaciones desplazan el foco desde el consumo voluntario hacia formas de violencia mediadas por la circulación no consentida de imágenes sexuales. En este ámbito, Kempton (2020) analiza este fenómeno desde una perspectiva feminista y lo sitúa en el marco de estructuras culturales que reproducen desigualdades de género. La autora sostiene que esta práctica se apoya en la persistencia de la mirada masculina y del voyerismo en los medios, así como en la posibilidad de castigar a mujeres y disidencias sexuales mediante la exposición pública de sus cuerpos sin consentimiento. Desde este enfoque la difusión de imágenes íntimas no constituye únicamente un conflicto interpersonal sino un mecanismo de control y disciplina que amplifica jerarquías de género en el entorno digital.

Esta discusión dialoga, a su vez, con análisis sobre lo que se ha llamado heteroporno queer, una categoría que redefine críticamente ciertas formas de pornografía típicamente etiquetadas como heterosexuales. En efecto, Thorneycroft (2025) en su artículo, muestra que muchos de estos contenidos ocupan un espacio ambiguo, simultáneamente hegemónico y subversivo, porque integran gestos, prácticas y formas de espectadores que desbordan las normas convencionales que

siguen reproduciendo centralidades de la heteronormatividad. En efecto, aunque estos materiales puedan contener elementos que desestabilizan las expectativas tradicionales de sexualidad, continúan reforzando estructuras sexistas y una economía sexual centrada en la penetración y en la humillación de cuerpos feminizados. Esta ambivalencia, según el autor, pone de relieve que incluso modos de producción que parecen transgresores pueden reproducir relaciones de poder y jerarquías de género en el campo pornográfico.

Finalmente, en el sur de Europa se ha prestado atención a la vida digital de adolescentes y jóvenes varones. “El estudio Nueva pornografía y sexting de riesgo en jóvenes de Granada (España)”, realizado por Umpiérrez-Vega et al. (2025), analiza el consumo de lo que denominan nueva pornografía, entendida como el acceso a contenidos sexuales digitales que han desplazado los formatos tradicionales debido a la facilidad de acceso y el anonimato que ofrece internet. A partir de una muestra de jóvenes entre 14 y 21 años residentes en Granada, la investigación reporta que el 82,9 % había consumido este tipo de contenidos y que el 80 % consideraba que dicho consumo impactaba sus relaciones sociales y sexuales. Asimismo, más de la mitad de los participantes percibía estas representaciones como realistas y cerca de una quinta parte afirmó haber sido coaccionada para enviar material sexual propio. Estos resultados evidencian no solo la alta penetración del consumo digital en contextos juveniles, sino también su vinculación con dinámicas de percepción, socialización y presión sexual entre pares.

En conjunto, estas investigaciones permiten identificar varios ejes convergentes en el estudio del consumo de pornografía contemporáneo. Por un lado, la describen como una práctica ampliamente extendida, especialmente entre jóvenes, integrada a dinámicas de ocio, exploración identitaria y construcción de la vida sexual. Por otro, evidencian que dicho consumo no ocurre en un vacío social, sino que se encuentra rodeado de estigmas, silencios y mecanismos de gestión moral que inciden en la forma en que se reconoce o se oculta. Asimismo, muestran que sus efectos en las relaciones de pareja no son unívocos, sino complejos y dependientes de variables como la comunicación, el secreto o el desplazamiento del encuentro erótico compartido. Finalmente, subrayan que la pornografía está atravesada por contextos religiosos, políticos y tecnológicos que pueden tanto restringirla simbólicamente como facilitar su circulación y exploración. No obstante, la mayor parte de estos estudios se ha desarrollado en escenarios europeos o norteamericanos, lo que abre un vacío analítico relevante y plantea la necesidad de preguntarse cómo se configuran

estas dinámicas en contextos latinoamericanos, atravesados por historias, marcos morales y desigualdades socioculturales específicas.

Al desplazar la mirada hacia América Latina, emergen problemáticas que dialogan con los hallazgos europeos y norteamericanos, como el acceso temprano a contenidos sexuales, la centralidad de internet como vía de consumo y cierta normalización de la práctica entre jóvenes. Sin embargo, estos fenómenos se inscriben en configuraciones sociales específicas marcadas por desigualdades estructurales, limitaciones en la educación sexual formal, fuerte presencia de instituciones religiosas y economías precarias que condicionan tanto el acceso como la experiencia digital. Al mismo tiempo, el campo latinoamericano también registra escenas de experimentación artística y activista que disputan los sentidos dominantes de la representación sexual. En este contexto, más que limitarse a cuantificar niveles de consumo, muchas investigaciones regionales se preguntan por el lugar que la pornografía ocupa en la vida cotidiana, cómo funciona como dispositivo de aprendizaje informal sobre el sexo y la corporalidad, y de qué manera contribuye a reproducir o tensionar jerarquías de género y desigualdades sociales.

Un primer hilo común en las investigaciones latinoamericanas es la comprensión de la pornografía como una forma de educación sexual cotidiana e informal. Al respecto, en una investigación con adolescentes en Tlalnepantla (México), Lagunes Vásquez (1995) observa que los videos pornográficos invaden los espacios privados de los consumidores, convirtiendo a los adolescentes en solitarios voyeuristas. Esta noción de voyeurismo solitario no se refiere únicamente al aislamiento físico frente a la pantalla, sino también a una modalidad de aprendizaje donde la sexualidad se observa sin mediación pedagógica, sin diálogo ni contraste crítico con otras fuentes de información. En este sentido, la pornografía funciona como una suerte de currículo implícito que, más que promover relaciones recíprocas y negociadas, contribuye a la interiorización de guiones sexuales marcados por la repetición mecánica de actos, la centralidad del rendimiento y una concepción del cuerpo como objeto de exhibición y consumo. Estos patrones, según el autor, pueden influir en las expectativas de los adolescentes sobre el sexo, las relaciones y la propia corporalidad en una etapa en la que la socialización sexual formal suele ser escasa o insuficiente.

En el mismo sentido, investigaciones que exploran las percepciones de jóvenes sobre su propio consumo de pornografía muestran que esta práctica suele ser percibida como parte de la vida cotidiana. El autor Clorio (2009), reporta que muchos participantes describen la pornografía

como algo normal en su vida diaria, señalando que inicialmente la utilizan como forma de aprendizaje sobre sexualidad y, con el tiempo, también como diversión y entretenimiento. Esta articulación entre función informativa y recreativa sugiere que, para estos jóvenes, el consumo de pornografía forma parte de sus estrategias de socialización sexual y de los modos en que construyen saberes, deseos y prácticas en contextos donde la educación sexual formal puede ser limitada o insuficiente.

Aun cuando muchos jóvenes reconocen que la pornografía es socialmente cuestionada o considerada inmoral, algunos la incorporan como recurso para explorar fantasías sexuales o ensayar prácticas que posteriormente intentan trasladar a sus relaciones. En este sentido, la pornografía opera como una pedagogía paralela que suple la ausencia de información clara y de espacios de diálogo sobre sexualidad. Sin embargo, lo hace a través de guiones atravesados por lógicas de mercado y por representaciones fuertemente generalizadas que organizan el deseo desde parámetros específicos de rendimiento, disponibilidad y jerarquía corporal. De este modo, lejos de constituir únicamente un entretenimiento privado, se convierte en un dispositivo cultural que modela expectativas sobre el cuerpo, el placer y el desempeño sexual, delimitando qué se considera excitante, normal o deseable en la vida íntima.

En este marco, donde la pornografía aparece como una pedagogía paralela que organiza expectativas sobre el cuerpo y el deseo, algunos trabajos desplazan la atención hacia las condiciones visuales y culturales que hacen posible ese aprendizaje. Al respecto, Aguinaga (2010) analiza la pornografía digital no solo como práctica de consumo, sino como régimen de visualidad que reconfigura la manera en que los cuerpos son mostrados, percibidos y significados en el espacio virtual. Desde esta perspectiva, la pornografía en internet no se limita a ofrecer contenidos explícitos, sino que produce modos específicos de mirar y de imaginar el cuerpo, situándolo en una zona ambigua entre lo íntimo y lo público. Así, los guiones sexuales que los jóvenes incorporan no emergen únicamente del vacío educativo, sino también de una economía visual que privilegia ciertos cuerpos, gestos y dinámicas de poder, consolidando modelos de deseo atravesados por tecnologías digitales y por matrices culturales previas. De este modo, la pornografía no solo llena silencios formativos, sino que contribuye activamente a modelar representaciones corporales y jerarquías simbólicas en la experiencia sexual contemporánea.

En esta misma línea crítica, algunos trabajos han vinculado la pornografía digital con procesos más amplios de mercantilización del cuerpo, sostiene que en los videos analizados “se ve

al cuerpo como una mercancía de consumo y se orienta en una cultura pornográfica como un cuerpo estético, hedonista y una dramatización encaminada a un sistema heteronormativo” (Morales, 2020, p.1), configurándose una cultura pornográfica que opera como cuerpo estético dramatizado dentro de un sistema heteronormativo. Desde esta perspectiva, la industria de la pornografía virtual no solo distribuye contenidos sexuales, sino que organiza una economía simbólica en la que los cuerpos, especialmente los femeninos, son fragmentados, clasificados y jerarquizados. Las categorías de búsqueda en plataformas digitales se estructuran alrededor de partes corporales y relaciones de poder, predominando referencias al cuerpo de la mujer que se combinan con lógicas fetichistas, fragmentación y dramatizaciones asociadas a fantasías de dominación. De este modo, la pornografía digital no solo representa prácticas sexuales, sino que participa en la producción de imaginarios donde el cuerpo aparece como objeto intercambiable dentro de una lógica de consumo.

Desde otro ángulo, varias investigaciones impulsadas por el arte contemporáneo y los feminismos cuestionan estas lógicas. Un trabajo mexicano afirma: “Mi cuerpo es mi lugar de enunciación, es desde y con él, que puedo sentir física y emocionalmente todos los encuentros sexuales que he vivido” (Flores, 2020, p. 10). Desde ahí se analiza cómo los grandes sitios comerciales presentan un discurso que homologa las experiencias sexuales en favor del placer masculino y unifican la diversidad en un mismo color uniformado. La crítica se dirige tanto a la violencia como a la estética, la performatividad pornográfica unifica al público que lo consume, generando un discurso exclusivo que aboga por la construcción del dominio en la sexualidad. De esta manera se la ubica inmersa en la cotidianidad de los seres humanos, que la apropian y le dan un uso, un significado e interactúan con ella a través de las mediaciones comunicativas.

Más recientemente, la discusión se ha ampliado para incluir análisis críticos de las representaciones trans dentro de la industria. Al respecto, Roda (2024) propone estudiar cómo se diseñan y construyen las escenas pornográficas con mujeres trans sin reducir estas producciones únicamente a relatos de violencia o discriminación. El trabajo sostiene que, más allá de las críticas legítimas sobre explotación o invisibilización, existen corporalidades disidentes que empiezan a ganar lugar en la producción industrial, y que es necesario indagar en las lógicas específicas de representación que atraviesan estas escenas. Esta perspectiva invita a desplazar el foco de una lectura unívoca de victimización hacia una comprensión más compleja de cómo las identidades trans se negocian, performan y significan dentro del circuito industrial del porno, incorporando tensiones entre agencia, deseo y las estructuras heteronormativas que aún dominan gran parte del

material audiovisual. En conjunto, los estudios latinoamericanos coinciden en varios puntos: muestran una pornografía profundamente entrelazada con la vida cotidiana de jóvenes y adultos, aunque en contextos con déficit de educación sexual, la pornografía ocupa el lugar de manual; describen una estética hegemónica del cuerpo juvenil, normativo, fragmentado, orientado al placer masculino y al mismo tiempo, abren otras posibilidades de abordaje a través de relatos situados, arte, posporno y corporalidades trans.

De este modo, el recorrido realizado abre la posibilidad de situar la mirada en el contexto colombiano y reconocer qué se ha investigado allí en torno a la pornografía. La producción académica del país muestra que las tensiones asociadas a este fenómeno no se reproducen de manera abstracta, sino que se inscriben en cuerpos, acentos y paisajes concretos. Más que definir qué “es” la pornografía en términos generales, varios trabajos se preguntan por lo que este universo de imágenes produce en quienes transitan escuelas, barrios, discotecas y entornos digitales, es decir, cómo modela imaginarios, prácticas y formas de relacionarse en escenarios cotidianos atravesados por desigualdades sociales, morales y culturales propias del país.

Un primer conjunto de reflexiones en el contexto colombiano se concentra en las transformaciones del cuerpo en una cultura atravesada por la circulación masiva de imágenes sexuales. Desde una perspectiva antropológica, Rengifo (2014) señala que muchos jóvenes tienden a auto comprender su corporalidad como un cuerpo pornográfico y prostituido, es decir, como carne convertida en mercancía de consumo en estrecha relación con un yo orientado al hedonismo. Esta noción de carne mercancía se sostiene en modelos rígidos de género donde el hombre queda reducido al pene y la mujer a los senos como estereotipos de carne disponible para el consumo. En este marco, la pornografía no se limita a exhibir cuerpos, sino que produce una gramática de la mirada y de la auto percepción en la que el valor del sujeto se vincula con su capacidad de mostrarse, rendir y adecuarse a esos moldes normativos.

Desde las artes visuales y la filosofía, un ensayo sobre imagen pornográfica señala que estas producciones “Las mujeres no sólo representan cuerpos sexuados, sino que son sujeto de una experiencia que no se remite directamente al placer de la descarga seminal” (González, 2007, p. 229). La cámara se adhiere a ciertas partes, enfocando el cuerpo en partes muy específicas y organiza la escena para maximizar el impacto de esas zonas. Esta fragmentación se conecta con la idea de que la pornografía y el erotismo problematizan el espacio de la corporalidad y generan nuevas estéticas abyectas, es decir, estéticas que exploran lo que la cultura marca como excesivo o

repugnante para tensar las formas de ver. A la vez, una lectura clásica sobre medios masivos advierte que estos dispositivos han participado en procesos de “liberación” de los patrones de conducta sobre el cuerpo, pero a la vez han configurado unos nuevos modos de control del cuerpo.

Estas reflexiones teóricas encuentran eco en estudios empíricos. Un trabajo en antropología sobre masculinidades en Medellín propone la figura del homopornograficus para nombrar a un sujeto cuya experiencia se teje “alrededor del consumo masculino de pornografía, plataforma sobre la cual hoy tiene lugar gran parte del desborde de la sexualidad contemporánea” (Buitrago, 2018, p. 12). No se trata solo de consumo individual, las imágenes pornográficas erigen o fortalecen estereotipos alrededor de la corporalidad, sobre lo que es representado para desear, marcando qué cuerpos cuentan como deseables y cuáles quedan fuera de escena.

Al respecto, “Se podría sugerir como el encuentro de la sexualidad, es en la mayoría de los casos, un aprendizaje empírico, el cual es estimulado por las presiones e incitaciones, generalmente ejercidas dentro de grupos congéneres y coetáneos.” (Buitrago, 2018, p. 114). En ese contexto, la pornografía aparece como manual silencioso que circula entre amigos, colegios y espacios de ocio. En los relatos aparecen memorias de una transición desde revistas y enciclopedias hacia un presente en el que, gracias a internet, ya todo es más fácil y el acceso a vídeos está a un clic de distancia. La tecnología no sólo acelera el acceso, sino que modifica el ritmo y la forma de experimentar el propio cuerpo y el de los otros.

En una escala más pequeña, un estudio cualitativo en el municipio de Jardín (Antioquia) recoge las voces de jóvenes entre 18 y 24 años que han crecido con la pornografía disponible desde la infancia. En el resumen se indica que la mayoría empezó a consumir entre los 7 y los 15 años y que la pornografía influye en el modo en cómo los participantes perciben el cuerpo, la sexualidad y los roles de género (Arenas, 2025). El trabajo describe cómo la pornografía moldea la imagen de la mujer como un rol sexual deteriorado, sumiso y sexualizado y fija expectativas sobre el cuerpo propio y ajeno, sobre la duración y el guion de las relaciones sexuales.

Sin embargo, esta investigación también introduce matices que complejizan una lectura exclusivamente negativa del fenómeno. En sus conclusiones señala que “un consumo conscientemente moderado, saludable y controlado”. (Arenas, 2025, p. 91). Asimismo, algunos participantes describen la pornografía como un recurso que les permitió nombrar prácticas que no habían encontrado en otros espacios de socialización, cuestionar mitos heredados de la educación religiosa o familiar y comprender con mayor claridad aquello que les produce placer. En estos

relatos, el consumo no aparece necesariamente como imposición externa, sino como una búsqueda activa de información y experimentación en ausencia de otros referentes confiables.

No obstante, el mismo estudio advierte que estos posibles beneficios dependen del contexto, la frecuencia y el sentido que cada sujeto atribuye a la práctica. Cuando el consumo se vuelve compulsivo o funciona como único marco de aprendizaje sexual, emergen efectos problemáticos asociados a sentimientos de culpa, aislamiento, comparación constante con estándares corporales inalcanzables y expectativas irreales sobre el desempeño propio y ajeno. De este modo, la investigación no plantea una defensa acrítica ni una condena absoluta, sino que sitúa la pornografía en un campo de tensiones donde coexisten exploración y riesgo, agencia y condicionamiento cultural, placer y presión normativa.

Si se leen en conjunto, los estudios colombianos dialogan estrechamente. Las reflexiones sobre el cuerpo convertido en mercancía, fragmentado y atravesado por estéticas abyectas ofrecen un lenguaje para comprender lo que los jóvenes narran sobre su experiencia, cuerpos que se comparan con los de la pantalla, roles de género que se reafirman o se cuestionan, deseos que se negocian en silencio. A la vez, los estudios empíricos devuelven estas ideas a escenarios concretos, ciudades como Medellín o municipios como Jardín, marcados por desigualdades de clase, silencios familiares sobre la sexualidad y una escuela que muchas veces llega tarde a la conversación.

5. Marco Teórico

5.1. Del discurso al algoritmo

Pensar la pornografía desde la antropología exige, como punto de partida, replantear la idea de que se trata de un fenómeno evidente, natural o meramente individual. Lejos de ser un simple conjunto de imágenes sexuales destinadas al consumo privado, la pornografía puede entenderse como una práctica cultural que participa activamente en la organización del deseo, el placer y las formas socialmente inteligibles del cuerpo. Esta perspectiva nos desplaza hacia la pregunta, ¿qué muestra la pornografía y qué produce?, no solo en términos de representaciones, sino también de sensibilidades, expectativas y lenguajes compartidos.

Asumir este desplazamiento implica reconocer que lo sexual no es un dato biológico previo a la cultura, sino un campo históricamente construido. En este punto, el aporte. En *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*, Foucault (1976/2005) cuestiona la narrativa según la cual la modernidad habría reprimido el sexo, mostrando que, por el contrario, se caracteriza por una intensa producción discursiva en torno a él. Desde finales del siglo XVII, la “puesta en discurso” del sexo, lejos de implicar un proceso de restricción, ha estado sometida a un mecanismo de incitación creciente. Como señala el autor, la modernidad se encuentra atravesada por una tarea discursiva casi infinita en la que se insiste en decir el sexo: decirlo hasta el último detalle, decirlo a sí mismo y decirlo a otros (Foucault, 1976/2005).

De acuerdo con lo anterior, se sostiene que el régimen pastoral cristiano desplaza el foco desde la mera transgresión hacia una economía del decir: se prescribe una práctica de confesión y dirección de conciencia orientada a hacer pasar por el lenguaje todo aquello que, en la experiencia del sujeto, pueda vincularse al sexo: deseos, fantasías, placeres y temores (Foucault, 1976/2005). En esa lógica, el poder no funciona principalmente como silencio impuesto, sino como un conjunto de técnicas que producen discurso, convirtiendo el sexo en objeto de interrogación, registro y análisis. Esta productividad del poder se prolonga luego en saberes e instituciones modernas que clasifican, examinan y normalizan la conducta, articulando la dimensión individual con racionalidades de administración y regulación más amplias.

Desde este punto de partida, la sexualidad aparece como un entramado de prácticas, saberes y técnicas que hacen al cuerpo legible. El deseo no se posee de manera espontánea, ya que se

construye mediante el aprendizaje, en el que se nombra y se regula en contextos específicos. Por otro lado, el placer, lejos de ser puramente íntimo, se inscribe en economías morales y afectivas. El autor, lo formula con claridad al afirmar que el dispositivo de la sexualidad no se limita a prohibir, sino que pone en acción todo un aparato para producir y organizar una red de saber-poder que atraviesa instituciones, prácticas médicas, discursos pedagógicos y relaciones cotidianas (Foucault, 1976/2025).

Así pues, la pornografía no puede pensarse como un fenómeno externo o aislado al campo de la sexualidad moderna, sino como uno de sus engranajes contemporáneos. En lugar de reducirla a una representación exagerada del sexo, resulta más coherente entenderla como una tecnología cultural que reproduce discursos, fija categorías y propone guiones reconocibles del placer. En este sentido, la pornografía no se limita a mostrar cuerpos, sino que incide en la manera en que estos se organizan, se perciben, se desean y se narran. Como parte del impulso moderno por hacer hablar al sexo, funciona como una de las mediaciones donde las ganancias económicas se articulan con la “desmultiplicación analítica del placer y el aumento del poder que lo controla. Poder y placer no se anulan; no se vuelven el uno contra el otro; se persiguen, se encabalgan y se reactivan” (Foucault, 1976/2005, p. 63). Así, el control se vuelve más eficiente en la medida en que el placer se hace más visible y detallado. Por lo tanto, el ejercicio del poder no busca eliminar el goce, sino gestionarlo y darle una estructura que permita supervisar el comportamiento de los individuos de manera más profunda y sutil.

Esta lectura permite problematizar la idea de que la pornografía revela deseos preexistentes. Más bien, contribuye a replantearlos a través de la repetición de escenas, posiciones, ritmos y estéticas donde se consolida una gramática visual y corporal que vuelve inteligibles ciertas formas de goce. Haciendo ensamble con otros autores que se han pensado temas en relación con el sexo y el poder, converge mencionar que se ha planteado la pornografía como un fenómeno dentro del biocapitalismo postindustrial llamada “gramática de mamada, penetración y cum-shot” que se vuelve deseable y real a través de su promoción audiovisual (Preciado, 2008). De este modo, el deseo se configura en diálogo con repertorios culturales que circulan ampliamente y que se naturalizan por su uso cotidiano. El placer, en consecuencia, deja de aparecer solo como una experiencia puramente privada y se muestra como una práctica socialmente aprendida, modulada por comparación, repetición e intercambio discursivo.

Ahora bien, limitar el análisis a esta dimensión discursiva sería insuficiente para comprender las condiciones contemporáneas de producción y consumo de la pornografía. Es aquí donde la propuesta de introduce un desplazamiento clave. En *Testo yonqui*, Preciado (2008), plantea el capitalismo farmacopornográfico como un régimen del capitalismo contemporáneo que produce y explota directamente los cuerpos, la sexualidad y los afectos mediante la articulación entre industrias farmacéuticas y pornográficas, convirtiendo la subjetividad en mercancía. Este enfoque no niega la importancia del discurso, pero insiste en la materialidad técnica del deseo, en su correlación con el uso e implementación de hormonas, prótesis, cámaras, plataformas digitales y algoritmos que forman parte activa de su producción. Esto no es ajeno a las lógicas productivas de la pornografía, las cuales son también moldeadas por algoritmos que reconfiguran nociones estéticas e identitarias del cuerpo.

Al mismo tiempo, este énfasis en la tecnicidad del sexo permite complejizar la noción de dispositivo de poder propuesta por Foucault (1975/2002). Si en la genealogía foucaultiana el poder incita a hablar y a producir saberes sobre el sexo, en el régimen contemporáneo descrito por Preciado (2010) ese poder se materializa en infraestructuras técnicas que median la experiencia del placer. La pornografía puede entenderse, entonces, como un espacio donde se ensayan combinaciones entre cuerpo, mercado y tecnología, y donde el deseo se vuelve medible, repetible y potencialmente rentable.

De esta manera, no se busca definir de forma cerrada conceptos como sexualidad, deseo o placer, sino ofrecer aproximaciones que dialoguen en líneas espacio-temporales. En este sentido, resulta fundamental poner sobre la mesa elementos que se manifiestan y se representan culturalmente a través de la pornografía.

5.2. Farmacopornografía y régimen contemporáneo del cuerpo

Si en el apartado anterior la pornografía fue abordada como una práctica cultural inscrita en dispositivos de poder que producen deseo y placer, este segundo momento profundiza en las condiciones contemporáneas que hacen posible esa producción. El concepto de farmacopornografía, propuesto por Preciado (2008), permite nombrar un régimen específico en el que cuerpo, sexualidad, tecnología y mercado se articulan de manera sistemática. No se trata

simplemente de un aumento cuantitativo del consumo pornográfico, sino de una transformación cualitativa en la que el deseo se gestiona y se vuelve productivo para el capital.

Preciado (2008), ubica este régimen en la convergencia de dos industrias centrales del capitalismo tardío: la farmacológica y la pornográfica, que funcionan como pilares del capitalismo contemporáneo. Desde esta perspectiva, la sexualidad no puede entenderse como una esencia “natural” o previa a la cultura, sino como un campo históricamente producido, una ecología política configurada por tecnologías de domesticación del cuerpo y por técnicas farmacológicas y audiovisuales que delimitan lo que el cuerpo puede sentir, desear y hacer.

Esto implica un desplazamiento clave, pues la pornografía deja de ser solo representación para operar como infraestructura dentro de una economía política del cuerpo. Es decir, no se limita a “mostrar” el sexo, sino que contribuye a organizar el deseo y a modular el placer en conexión con otros dispositivos materiales, como hormonas, prótesis, fármacos y, hoy, también algoritmos, que participan activamente en la producción de subjetividades sexuales. En ese entramado, el placer no aparece como una experiencia libre o espontánea, sino como el resultado de una gestión técnica y económica del cuerpo que tiende a reproducir ciclos de estimulación permanente, una dinámica incesante de “excitación-frustración” que mantiene al sujeto enganchado a la promesa del goce sin clausurarla del todo.

En conjunto, es de consideración pensar que estas industrias no solo explotan una sexualidad preexistente, sino que la producen y la administran; crean condiciones materiales, químicas, mediáticas y tecnológicas para que ciertos modos de placer sean posibles, repetibles y comercializables. Por eso, “dejando de lado todo juicio moral, es posible concebir la pornografía como una representación sexual del observador” (Preciado, 2010, p. 141). Existe así un conjunto de elementos que funcionan como estímulos repetitivos en distintos contextos sociales y culturales, en los que la industria busca generar herramientas sostenidas en el poder y la rentabilidad que produce.

Nombrar este entramado como farmacopornográfico no busca impactar por el uso de un neologismo, sino hacer visible una articulación que suele permanecer naturalizada. La sexualidad aparece, así, como un campo atravesado por tecnologías de intervención corporal y mediática que no solo acompañan el deseo, sino que lo moldean. Esto resulta clave porque rompe con la idea de que el placer y el deseo son experiencias espontáneas, previas a la técnica o al mercado. Por el contrario, el régimen farmacopornográfico muestra cómo el deseo se produce mediante

operaciones concretas de diseño subjetivo. Lo propio de estas nuevas tecnologías blandas de micro control es tomar la forma del cuerpo que controlan, transformarse en cuerpo, hasta volverse inseparables e indistinguibles de él, devenir subjetividad. (Preciado, 2010)

En este contexto, la pornografía participa plenamente de esta lógica al ofrecer no solo imágenes, sino guiones corporales y modelos de rendimiento sexual que el autor identifica como una gramática de mamada, penetración y cum-shot (Preciado, 2000/2002). Al denominarla “gramática”, sugiere que funciona como un lenguaje, pues tiene reglas, un orden y signos arbitrarios y repetitivos que se imponen, convirtiendo la experiencia íntima en un código que el capital puede leer, traducir y vender.

Ahora bien, hablar de biopolítica no equivale a afirmar un control absoluto sobre los cuerpos. Tanto en Foucault (1976/2005) como en Preciado (2010), el poder no aparece como una fuerza totalizante que anula la agencia, sino como una red de relaciones múltiples, estrategias abiertas y técnicas racionales que producen posibilidades y límites. El régimen farmacopornográfico no determina de manera homogénea las experiencias sexuales, pero sí establece condiciones de posibilidad que influyen en cómo se aprende a desear y a gozar. Como también pensar en que “el cuerpo y la sexualidad, producidos y representados por las tecnologías visuales y de la comunicación, se ven también convertidos en dígito, al mismo tiempo información, valor y número” (Preciado, 2010, p. 195).

De este modo, el régimen farmacopornográfico puede leerse como una intensificación contemporánea de las tecnologías de gobierno del cuerpo. Allí donde Foucault (1976/2005) analiza prácticas de moderación, control y cuidado del placer en contextos históricos específicos, Preciado (2010), observa un escenario en el que el placer no solo se gobierna, sino que se optimiza y se capitaliza. La diferencia no es menor: el cuerpo deja de ser únicamente un objeto de disciplina o autocontrol y pasa a ser un recurso productivo dentro de circuitos económicos globales.

La pornografía no solo produce contenidos, sino que organiza mercados de atención, clasifica deseos y establece métricas de visibilidad y consumo. En el régimen farmacopornográfico, el placer se gestiona a través de plataformas que cuantifican preferencias, sugieren recorridos y modulan la experiencia sexual mediante algoritmos. El deseo se vuelve predecible en la medida en que es rastreable, categorizable y repetible. Esta dimensión técnica no elimina la experiencia subjetiva, pero la encuadra dentro de estructuras que la orientan y la hacen económicamente explotable.

Desde esta óptica, la noción de subjetividad sexual adquiere un sentido específico. No se trata de una identidad fija ni de una interioridad pura, sino de un proceso de producción en el que intervienen dispositivos farmacológicos, mediáticos y discursivos. El cuerpo se constituye, así como “la subjetividad en su conjunto la que se produce en los circuitos tecno-orgánicos codificados en términos de género, de sexo, de raza, de sexualidad a través de los que circula el capital farmacopornográfico” (Preciado, 2008, p. 84), donde convergen flujos de información, energía y capital, y donde el placer se convierte en un punto estratégico de intervención. Este enfoque permite también problematizar el lenguaje con el que se habla del sexo. Términos como “liberación”, “elección” o “consumo libre” adquieren una ambigüedad particular en el régimen farmacopornográfico. Si bien el acceso a tecnologías sexuales puede vivirse como una ampliación de posibilidades, resulta necesario interrogar las condiciones bajo las cuales esas posibilidades se ofrecen, puesto que, en este sistema, “el mejor negocio es la producción de la especie misma, de su alma y de su cuerpo, de sus deseos y afectos” (Preciado, 2008, p. 44).

Leído en diálogo con Foucault (1984/2019), el aporte de Preciado (2010) no cancela la genealogía del poder sexual, sino que la actualiza. El cuidado de sí, analizado como una práctica ética, se reconfigura en el presente como una gestión técnica del cuerpo atravesada por dispositivos de mercado. El placer deja de ser solo un problema moral o ético y se convierte en un recurso económico, susceptible de optimización y monetización. Esta transformación no elimina la dimensión subjetiva del goce, pero la inscribe en un régimen donde la vida misma se vuelve objeto de administración.

En síntesis, este apartado propone comprender el régimen farmacopornográfico como un marco desde el cual se reorganizan las relaciones entre cuerpo, tecnología y mercado. Analizar este régimen no implica negar la agencia de los sujetos, sino situarla en un campo atravesado por dispositivos que orientan, normalizan y hacen productivo el placer.

Figura 1

Metáfora visual del cuerpo en el régimen farmacopornográfico, donde el cuerpo aparece atravesado por tecnologías químicas, mediáticas y de consumo



Nota. Fuente <https://bit.ly/4tOszBR> (Kim, 2018).

5.3. Cuerpo y las representaciones corporales

Si los apartados anteriores abordaron la producción social del deseo y la gestión técnica del placer, este tercer momento sitúa el foco en el cuerpo como lugar central donde esas dinámicas se encarnan. Lejos de ser un soporte neutro o una base biológica universal, el cuerpo aparece aquí como una construcción social y simbólica atravesada por normas, relaciones de poder y regímenes de sentido.

Desde la antropología del cuerpo, Le Breton (1990/2002) se distancia de las concepciones naturalistas que reducen la corporeidad a un dato meramente biológico. En *Antropología del cuerpo y modernidad*, sostiene que el cuerpo no es un organismo aislado, sino un lugar de inscripción de lo social y un vector de significaciones a través del cual una cultura se piensa y se vuelve tangible (Le Breton, 1990/2002). Esta idea desplaza el foco desde el cuerpo como “naturaleza” hacia el cuerpo como mediación, no se trata solo de un soporte material, sino de un espacio donde se organiza el sentido y donde se hacen visibles las normas, los valores y las pertenencias.

En esa misma línea, se plantea que “la existencia del hombre es corporal. Y el análisis social cultural del que es objeto, las imágenes que hablan sobre su espesor oculto, los valores que lo distinguen” (Le Breton, 1990/2002, p. 7). De este modo, la experiencia corporal no es neutral; está orientada por marcos culturales que enseñan qué sentir, cómo expresarlo y cuándo hacerlo. Por eso, los gestos, las posturas y los movimientos no pueden leerse como impulsos mecánicos, sino como lenguajes socialmente codificados que comunican jerarquías, valores y formas de relación.

Esta perspectiva resulta especialmente fecunda para pensar la pornografía, donde el cuerpo se convierte en una superficie privilegiada de representación. Los cuerpos pornográficos no son cuerpos cualesquiera: están seleccionados, iluminados, fragmentados y coreografiados de acuerdo con convenciones estéticas que responden a expectativas culturales específicas. En este sentido, la pornografía no solo muestra cuerpos desnudos, sino que propone modelos corporales que condensan ideas sobre juventud, género, rendimiento sexual y atractivo. El cuerpo aparece, así, como un signo cargado de significados sociales, antes que como una realidad puramente anatómica.

El autor subraya que la modernidad produce una relación particular con el cuerpo, marcada por su objetivación y por la tendencia a separarlo de la experiencia vivida. El cuerpo se vuelve observable, evaluable y corregible (Le Breton, 1990/2002). Esta mirada resulta clave para comprender cómo ciertas representaciones corporales se naturalizan. Lo que se repite se vuelve evidente, y lo evidente deja de ser interrogado. En la pornografía, esta lógica se intensifica por la reiteración de ciertos tipos de cuerpos y prácticas consolida un imaginario que define qué cuerpos deben ser deseados.

Ahora bien, esta producción de cuerpos legibles no opera únicamente a nivel de la imagen. En este punto, resulta fundamental el diálogo con Pierre Bourdieu (1980/2007) y su noción de *hexis* corporal pues plantea que el cuerpo es el lugar donde se incorporan las estructuras sociales, de tal manera que las normas no solo se aprenden intelectualmente, sino que se inscriben en posturas, movimientos y disposiciones. El cuerpo sabe antes de que el sujeto reflexione, porque ha sido entrenado en un mundo de regularidades. Como señala el autor, el orden social funciona como una máquina simbólica que se inscribe también en los cuerpos a través de las conminaciones tácitas implicadas en las rutinas de la división del trabajo o de los rituales colectivos o privados (Bourdieu, 1998/2000).

En Bourdieu (1998/2000), la dominación se sostiene menos por la imposición explícita que por su incorporación en disposiciones duraderas: el *habitus*. Por ello, cuando hace referencia al

habitus, también señala que estas disposiciones “que las producen y reproducen, tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres, y en especial en toda la estructura de las actividades técnico-rituales” (Bourdieu, 1998/2000, p. 59). Actos como la sumisión no se entienden como un acto plenamente consciente, sino como el efecto de esquemas de percepción y apreciación que orientan la experiencia antes que la voluntad reflexiva.

Esta lógica se vuelve especialmente visible en la producción social de la diferencia sexual. Las “diferencias visibles” entre cuerpos femeninos y masculinos pueden operar como garantía aparentemente indiscutible de valores y significaciones (Bourdieu 1998/2000), precisamente porque el sentido común las presenta como naturales, cuando en realidad están atravesadas por clasificaciones sociales y jerarquías históricas. En otras palabras, el cuerpo no solo expresa la dominación, pues también contribuye a hacerla creíble, al presentarla bajo la forma de lo biológico.

Se denomina este proceso como “somatización de las relaciones sociales de dominación” (Bourdieu, 1998/2000, p. 75). Con ello enfatiza que el orden social no se sostiene únicamente en discursos o normas explícitas, sino en la manera en que el cuerpo aprende a comportarse expresadas en posturas, gestos, modos de caminar, de sentarse, de mirar, de ocupar (o no ocupar) espacio. Esos aprendizajes cotidianos no se viven como una obediencia consciente, sino como “lo normal”, porque se adquieren por repetición en entornos ya organizados por jerarquías. Así, el cuerpo termina anticipando lo permitido y lo esperado.

Desde esta perspectiva, el cuerpo no es un dato biológico previo a la cultura, sino el resultado de un constructo social que produce diferencias visibles y las convierte en criterios de clasificación. Lo importante no es solo que existan diferencias, sino que esas diferencias adquieren valor: algunas maneras de estar, moverse o aparecer se legitiman como naturales, mientras otras se leen como impropias, excesivas o fuera de lugar. Por eso, la dominación es tan eficaz, porque opera en el nivel de lo incorporado, donde lo social se vuelve hábito y el hábito se vuelve evidencia.

En última instancia, esta incorporación explica las paradojas de las sociedades para las que el cuerpo no existe. O de las sociedades para las que el cuerpo es una realidad tan compleja que desafía la comprensión occidental (Bourdieu, 1998/2000). En este sentido, la paradoja se manifiesta con mayor fuerza en la pornografía como un espacio donde el cuerpo parece estar totalmente expuesto y visible, pero donde su realidad biológica queda oculta tras una construcción técnica. Lo que vemos no es el cuerpo en su complejidad, sino una versión simplificada y producida para el

consumo, que desafía nuestra capacidad de distinguir entre la vivencia humana y la manufactura industrial.

Desde esta perspectiva, las representaciones corporales no se limitan a imágenes externas que se observan pasivamente, sino que operan como esquemas prácticos que dialogan con disposiciones ya incorporadas. No se trata de una imitación mecánica, sino de un proceso más sutil de reconocimiento, con disposiciones aprendidas y, por ello, se vuelve inteligible. A través de la repetición constante, este engranaje visual termina por naturalizar estéticas y ritmos específicos, convirtiendo una construcción técnica en una expectativa biológica incuestionable. De este modo, el placer individual deja de ser un evento aislado para inscribirse en un sistema de validación colectiva, donde solo aquello que se ajusta al guion visual de la época es reconocido como un deseo legítimo y deseable.

En el libro *La dominación masculina* de Bourdieu (1998/2000) profundiza esta idea al mostrar cómo las relaciones de poder se inscriben en los cuerpos de manera diferencial según el género. La dominación no se ejerce únicamente a través de discursos explícitos, sino mediante una violencia simbólica, definida como una violencia amortiguada, insensible e invisible para sus propias víctimas. Esta violencia se materializa en la aceptación de guiones sexuales que, aunque parecen voluntarios, reproducen jerarquías históricas, donde el cuerpo queda subordinado a una mirada externa y dominante. Así, la técnica no solo captura el movimiento, sino que institucionaliza una forma de sentir que la víctima no percibe como impuesta, sino como parte constitutiva de su propio deseo y de su identidad sexual.

Los cuerpos masculinos y femeninos se producen como distintos a través de un *habitus* que opera como una “ley social convertida en ley incorporada” (Bourdieu, 1998/2000, p. 55). Esta incorporación de la norma no es estática, sino que se actualiza constantemente a través de pedagogías visuales que dictan no solo cómo debe lucir un cuerpo, sino cómo debe moverse, reaccionar y desear de acuerdo con una etiqueta de género. De este modo, la distinción binaria deja de percibirse como una construcción política para vivirse como una verdad biológica, donde el sujeto habita su cuerpo siguiendo un guion que, aunque técnico y social, se siente como la expresión más íntima de su propia naturaleza.

Esta perspectiva es especialmente productiva para analizar la pornografía porque permite leerla no solo como representación sexual, sino como un dispositivo que ordena lo visible según el principio de “primacía de la masculinidad” (Bourdieu, 1998/2000, p. 104). Así mismo, funciona

como un ojo soberano que organiza los cuerpos y sus goces en función de la satisfacción y el reconocimiento del sujeto masculino. De esta manera, el dispositivo no solo muestra el sexo, sino que jerarquiza la experiencia sensorial, convirtiendo el placer femenino en un espectáculo derivado o una respuesta coreografiada que sirve para validar la potencia y el centro de gravedad del relato varonil.

En diálogo con estos aportes, la perspectiva foucaultiana permite comprender cómo estas representaciones corporales se inscriben en procesos más amplios de normalización. El poder moderno no opera solo mediante la prohibición, sino a través de la producción de cuerpos legibles y útiles, integrando las diferencias corporales en regímenes de saber-poder que clasifican, jerarquizan y regulan. Así, el cuerpo no solo es normalizado en su apariencia, sino también en su capacidad de rendimiento, quedando atrapado en una red de expectativas.

Desde esta mirada, las representaciones corporales en la pornografía pueden entenderse como parte de un proceso de normalización diferencial. No todos los cuerpos circulan con la misma legitimidad ni generan el mismo valor simbólico. Algunos se presentan como norma, funcionales y performativos, mientras otros aparecen como excepción, fetiche o desviación. La pornografía no inventa estas jerarquías, pero las reproduce y las amplifica al inscribirlas en imágenes altamente codificadas. Por este motivo, es importante subrayar que esta normalización no implica una imposición homogénea ni una recepción pasiva. Tanto Le Breton (1990/2002) como Bourdieu (1998/2000) y Foucault (1976/2005) coinciden en que el cuerpo es un espacio de tensiones. Las normas se incorporan, pero también se negocian, se resignifican o se resisten. Sin embargo, reconocer estas posibilidades no debe llevar a subestimar la fuerza de los dispositivos que producen cuerpos deseables y legibles. La repetición sistemática de ciertos modelos corporales tiene efectos.

Desde esta posición, las representaciones corporales no se entienden como simples imágenes, sino como condensaciones simbólicas de normas sociales. Representar un cuerpo implica siempre producir sentido, decir algo sobre el género, el deseo, la edad, la capacidad y el valor. La pornografía, al operar como una industria cultural, intensifica este proceso al convertir el cuerpo en un objeto visible, evaluable y consumible. Así, el concepto de *habitus* corporal permite pensar cómo estas representaciones dialogan con disposiciones ya incorporadas, mientras que la noción foucaultiana de normalización las sitúa en un régimen más amplio de poder-saber. El cuerpo aparece, entonces, como un punto de cruce entre experiencia vivida y regulación social, entre deseo, placer y control.

5.4. Consumo pornográfico y gestión del placer en espacios virtuales

El consumo pornográfico en entornos virtuales suele ser abordado desde marcos interpretativos que lo conciben como una práctica pasiva, repetitiva o meramente receptiva. Sin embargo, desde una perspectiva antropológica, es posible comprender dicho consumo como una práctica activa mediante la cual los sujetos producen sentido, organizan su experiencia corporal y gestionan su placer. En este marco, la pornografía no se limita a ser un objeto cultural consumido, sino que se convierte en un espacio de prácticas cotidianas donde se articulan deseo, tecnología y subjetividad.

Para tener presente otros puntos de vista sobre el consumo, De Certeau (1980/2000) propone entender a los usuarios no como simples receptores de productos culturales, sino como practicantes que desarrollan usos específicos a partir de aquello que consumen. Consumir implica, entonces, operar sobre lo dado, desviarlo, apropiarlo y resignificarlo en función de las propias necesidades y contextos de vida. Desde esta perspectiva, el consumo pornográfico puede ser entendido como una práctica cotidiana en la que los sujetos despliegan tácticas de uso sobre materiales producidos por la industria pornográfica, reorganizando imágenes, tiempos y modos de acceso al placer.

En los espacios virtuales, estas tácticas se intensifican debido a la posibilidad de elección, repetición, fragmentación y personalización del contenido. El acto de buscar determinados videos, seleccionar categorías específicas, interrumpir o prolongar la visualización, así como integrar la pornografía a rutinas íntimas concretas, constituye una serie de operaciones prácticas mediante las cuales el sujeto gestiona su experiencia corporal. En este sentido, el consumo pornográfico no es una respuesta automática al estímulo visual, sino una forma de hacer con los dispositivos disponibles, tal como De Certeau (1980/2000) describe las prácticas ordinarias de los usuarios frente a los sistemas de producción cultural. Esta comprensión del consumo como uso resulta central para analizar la gestión del placer en entornos virtuales. La pornografía digital no impone de manera directa una experiencia homogénea, sino que ofrece un repertorio de posibilidades que el sujeto activa, modula o descarta. Así, el placer no se encuentra únicamente en el objeto consumido, sino en la práctica misma de consumo, entendida como una serie de decisiones, ritmos y negociaciones corporales que configuran la experiencia íntima.

Desde una perspectiva foucaultiana, estas prácticas pueden analizarse como tecnologías del yo, es decir, como procedimientos mediante los cuales los individuos actúan sobre su propio cuerpo, pensamientos y deseos con el fin de producir determinadas formas de subjetividad. En *Historia de la sexualidad IV: Las confesiones de la carne*, Foucault (2018/2019) señala que la sexualidad funciona como el punto de encuentro fundamental donde convergen los procesos mentales y biológicos, vinculando la dimensión íntima del sujeto con las estructuras colectivas de la sociedad. Esto sugiere que el consumo de pornografía no es un acto pasivo, sino una forma de estilización de la conducta, donde el individuo busca descifrar sus propios deseos a través de códigos visuales externos. De este modo, la pantalla funciona como un laboratorio de la subjetividad: el sujeto no solo busca placer, sino una verdad sobre sí mismo que solo parece ser legítima cuando logra traducirla a los términos técnicos y estéticos que la cultura visual le proporciona.

La gestión del placer en entornos virtuales implica una relación reflexiva con el propio cuerpo. El acceso individualizado, privado y mediado por pantallas permite al sujeto establecer límites, intensidades y tiempos específicos para la experiencia sexual. Esta dimensión no elimina las relaciones de poder que atraviesan la pornografía, pero muestra que el placer no es simplemente impuesto desde el dispositivo, sino producido en la interacción entre cuerpo, imagen y tecnología. Tal como señala Foucault (1984/2019), las prácticas sexuales no pueden reducirse a mecanismos de represión o liberación, sino que deben entenderse como campos de experiencia donde se articulan saber, poder y subjetividad.

Así pues, en *Pornotopía: Arquitectura y sexualidad en «Playboy» durante la guerra fría*, Preciado (2010) aporta una dimensión fundamental para comprender estas prácticas al analizar la pornografía como una tecnología política y arquitectónica del placer. Además, sostiene que la pornografía moderna no solo produce imágenes sexuales, sino que organiza espacial y mediáticamente la intimidad, transformando el espacio doméstico en un laboratorio de experimentación del deseo. Desde esta perspectiva, el consumo pornográfico en entornos virtuales puede entenderse como una práctica situada en un régimen donde la gestión del placer se articula con dispositivos técnicos, mediáticos y económicos. Señalando así, que la pornografía reorganiza la frontera entre lo público y lo privado, haciendo circular imágenes íntimas en circuitos masivos y, al mismo tiempo, permitiendo su consumo en espacios domésticos individualizados. Pues “la pornografía y los rayos X son parte, durante los años cincuenta, de un mismo dispositivo de

representación del cuerpo, un aparato de producción de la interioridad como imagen y del sexo como verdad del sujeto” (Preciado, 2010, p. 71). Esto disuelve el concepto tradicional de alcoba para convertir el espacio doméstico en un nodo de producción afectiva, donde el cuerpo se conecta a una red global de estímulos que dictan el ritmo de su propio deseo. Así, la intimidad se desplaza de lo secreto a lo performativo: ya no se trata de proteger un espacio privado, sino de habitar una nueva geografía del placer donde lo que no se traduce en imagen o en pulsión medible tiende a perder visibilidad, valor y reconocimiento dentro de las economías contemporáneas del deseo.

De este modo, el consumo pornográfico se configura como una práctica cultural que articula consumo, gestión del placer y producción de subjetividad. No se trata únicamente de mirar imágenes, sino de habitar un espacio virtual que reconfigura la experiencia del cuerpo, el deseo y la intimidad. Desde De Certeau (1980/2000), estas prácticas pueden leerse como tácticas cotidianas; desde Foucault (1984/2019), como tecnologías del yo; y desde Preciado (2008), como parte de un régimen pornográfico que organiza arquitecturas del placer. En conjunto, analizar el consumo pornográfico como práctica activa permite comprender cómo los sujetos no solo consumen pornografía, sino que la usan para producir experiencias, regular afectos y construir formas específicas de relación consigo mismos. En los entornos virtuales, estas prácticas adquieren una centralidad particular, ya que la tecnología no solo media el acceso al contenido, sino que estructura las condiciones mismas de posibilidad del placer.

5.5. Espacio, género y prácticas relacionales: lo público y lo privado del placer

El placer, el deseo y las prácticas relacionales no se despliegan en un vacío social, sino que se organizan en espacios históricamente producidos que delimitan lo visible y lo invisible, lo permitido y lo sancionado, lo público y lo privado. Desde esta perspectiva, el espacio no constituye un mero soporte neutral de las prácticas sociales, sino un producto social que estructura los modos de habitar el cuerpo, el género y la intimidad. Lefebvre (1974/2013), en su libro *La producción del espacio*, sostiene que el espacio es resultado de relaciones sociales concretas y, al mismo tiempo, un medio activo que las reproduce y las ordena. Esta concepción resulta fundamental para analizar cómo el placer y el deseo son distribuidos, regulados y jerarquizados en contextos urbanos y simbólicos.

La producción social del espacio implica una codificación de los cuerpos y de sus prácticas. No todos los cuerpos pueden habitar los mismos espacios de la misma manera ni con la misma legitimidad. El autor advierte que el espacio social tiende a imponer usos legítimos y a excluir aquellos que desbordan las normas dominantes, produciendo una especialización del control y de la normalidad (Lefebvre, 1974/2013). En este marco, las prácticas vinculadas al placer y al deseo han sido históricamente relegadas al ámbito de lo privado, mientras que el espacio público se presenta como un territorio regulado por códigos de visibilidad, respetabilidad y género.

Esta división entre lo público y lo privado no es natural, sino profundamente política. El espacio doméstico ha funcionado como un lugar privilegiado para la gestión de la intimidad, pero también como un ámbito de control, silenciamiento y normalización de los cuerpos. Segato (2003) señala que la organización moderna de las relaciones de género se sostiene sobre una separación estructural entre el espacio público, asociado al contrato, la ley y la ciudadanía, y el espacio privado, vinculado al estatus, la costumbre y la jerarquía. Esta distinción permite comprender por qué el placer, el deseo y la violencia han sido históricamente naturalizados en el ámbito íntimo, fuera de la mirada pública y del escrutinio social. En este sentido, la regulación del cuerpo y del deseo opera mediante una distribución espacial del poder. Segato (2003), afirma que muchas prácticas de dominación de género se reproducen precisamente porque son percibidas como parte de la normalidad doméstica y no como actos políticos o sociales. El placer, lejos de ser una experiencia puramente individual, se encuentra atravesado por estas estructuras que determinan qué deseos son legítimos, cuáles deben ocultarse y cuáles son directamente sancionados.

Los propuesto en *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad* por Butler (1990/2007), permite profundizar esta dimensión al comprender el género como una práctica regulada que se produce y reproduce a través de normas sociales reiteradas. La autora sostiene que “el género es la estilización repetida del cuerpo, una sucesión de acciones repetidas, dentro de un marco regulador muy estricto” (Butler, 1990/2007, p. 98). Este marco regulador se manifiesta en la pornografía como una presión constante hacia la perfección de la forma, donde cualquier desviación de la norma es castigada con la invisibilidad. Sin embargo, es precisamente en la imposibilidad de alcanzar ese ideal donde el género revela su carácter de construcción; el sujeto habita una tensión permanente entre la vivencia de su propia carne y la exigencia de un modelo que, por ser una ficción producida, nadie puede encarnar de manera definitiva.

La gestión del placer se ve profundamente afectada por esta organización normativa del género. Butler (1990/2007), advierte que las normas que regulan la inteligibilidad de los cuerpos también delimitan las formas socialmente aceptables del deseo. En consecuencia, muchas prácticas de placer, incluido el consumo pornográfico, se desplazan hacia espacios privados o virtuales, donde la vigilancia social parece atenuarse, aunque nunca desaparece por completo. La virtualidad se configura, así, como una extensión del espacio íntimo: un territorio donde el deseo puede experimentarse con una mayor libertad aparente, pero dentro de marcos tecnológicos y culturales que también producen control. En las sociedades contemporáneas, esta reorganización del placer y de la intimidad se articula con transformaciones más amplias de los vínculos sociales. Así mismo, Bauman (2005/2010) describe la vida moderna como una “vida líquida”, caracterizada por la fragilidad de los compromisos y la inestabilidad de las relaciones afectivas. En este contexto, los vínculos tienden a volverse reversibles, temporales y fácilmente descartables, lo que impacta directamente tanto en las prácticas relacionales como en la forma en que se experimenta el deseo.

Bauman (2005/2010) señala que, en la modernidad líquida, la intimidad se ve tensionada entre el anhelo de conexión y el temor al compromiso duradero. Esta tensión puede observarse en una creciente individualización de las experiencias íntimas, en la que los sujetos gestionan el placer de manera cada vez más autónoma, frecuentemente mediada por tecnologías digitales. Desde esta perspectiva, el consumo pornográfico y otras prácticas virtuales pueden interpretarse como respuestas a la precariedad de los vínculos, en tanto permiten experimentar placer sin los riesgos emocionales asociados a la exposición afectiva. Sin embargo, esta aparente autonomía no implica ausencia de regulación. Por el contrario, advierte que la vida líquida exige una constante autogestión del yo, donde los sujetos deben aprender a vincularse y desvincularse con rapidez, adaptándose a normas cambiantes. En este sentido, la intimidad se vuelve visible y evaluable, incluso cuando se vive en espacios aparentemente privados o virtuales, produciendo nuevas formas de control que operan a través del consumo, la autoobservación y la comparación constante.

Desde este cruce teórico, el espacio urbano, doméstico o virtual aparece como un elemento central para comprender cómo se organizan el placer y las prácticas relacionales. La producción social del espacio delimita las posibilidades del deseo, la regulación del cuerpo y las formas legítimas de intimidad. Lejos de ser un ámbito puramente personal, el placer se configura como una experiencia atravesada por relaciones de poder, normas de género y transformaciones contemporáneas de los vínculos.

Al mismo tiempo, se ha mostrado cómo lo público y lo privado del placer no constituyen esferas separadas, sino dimensiones interrelacionadas que estructuran la experiencia cotidiana del cuerpo y del deseo. El espacio social produce jerarquías, visibilidades y silencios que influyen decisivamente en la construcción del género y en las prácticas relacionales, preparando el terreno para analizar, a continuación, las formas contemporáneas de control, exposición e intimidad mediadas por la virtualidad. Las transformaciones contemporáneas del espacio social no solo reorganizan la vida urbana, sino que redefinen profundamente las formas de intimidad, los vínculos afectivos y las prácticas relacionales. Lefebvre (1974/2013) advierte que el espacio moderno tiende a fragmentarse y especializarse, produciendo ámbitos diferenciados para trabajar, circular, habitar y consumir, lo cual repercute directamente en la experiencia del cuerpo y del deseo. Esta fragmentación no elimina la regulación, sino que la redistribuye, generando nuevos dispositivos de control que operan tanto en el espacio público como en el privado.

En este contexto, el placer se desplaza hacia zonas cada vez más individualizadas y controladas. La intimidad deja de ser únicamente una relación entre personas para convertirse también en una relación con dispositivos, normas y expectativas sociales. El autor, señala que el espacio vivido aquel donde se experimenta el cuerpo y la cotidianidad se encuentra constantemente tensionado por el espacio concebido, es decir, por las representaciones dominantes que definen qué usos son legítimos y cuáles no (Lefebvre 1974/2013). Esta tensión se manifiesta con claridad en las prácticas de placer, que deben negociar permanentemente su visibilidad.

La división entre lo público y lo privado no desaparece, pero se vuelve porosa. El autor, observa que, en la vida líquida, la intimidad se encuentra expuesta a nuevas formas de observación y evaluación social, incluso cuando se vive en espacios aparentemente privados (Bauman, 2005/2010). La vida afectiva y sexual se convierte así en un terreno donde los sujetos deben gestionar cuidadosamente qué mostrar, qué ocultar y qué consumir en soledad. Esta gestión constante produce una forma de autocontrol que no necesita coerción directa, sino que se apoya en el temor a la exclusión, al juicio y a la obsolescencia relacional.

Las relaciones contemporáneas se configuran en una lógica de mercado que se caracteriza “en una cultura de consumo como la nuestra, partidaria de los productos listos para uso inmediato, las soluciones rápidas, la satisfacción instantánea, los resultados que no requieran esfuerzos prolongados” (Bauman, 2003/2018, p. 10) tienden a configurarse bajo una lógica de consumo, donde las relaciones se valoran por su capacidad de proporcionar satisfacción inmediata y por su

facilidad para ser abandonadas. Esta lógica impacta directamente en las prácticas de placer, que se organizan cada vez más como experiencias reversibles, privadas y desvinculadas de compromisos duraderos. El consumo pornográfico, en este marco, puede entenderse como una práctica coherente con esta racionalidad ofreciendo placer sin exigir reciprocidad ni exposición emocional. No obstante, esta aparente libertad del placer se encuentra atravesada por normas de género persistentes. Butler (1990/2007), sostiene que las normas que regulan el género no solo producen identidades, sino que también establecen qué formas de deseo son inteligibles y cuáles quedan fuera del campo de lo reconocible. Estas normas operan tanto en el espacio público como en el privado, moldeando las expectativas sobre cómo deben desear los cuerpos masculinos y femeninos, y qué prácticas son consideradas aceptables o desviadas.

El espacio urbano refuerza estas normas mediante dispositivos de visibilidad selectiva. Butler (1990/2007) señala que los cuerpos que no se ajustan a la matriz heterosexual dominante experimentan una exposición diferencial, marcada por la vigilancia, la sanción o el borramiento simbólico. En consecuencia, muchas prácticas de placer se repliegan hacia espacios íntimos o virtuales, donde el riesgo de sanción social parece menor, aunque nunca desaparece del todo. La virtualidad emerge, ‘así como un espacio ambiguo: amplía las posibilidades del deseo, pero también intensifica las formas de control y normalización.

Segato (2003) aporta una lectura crítica fundamental al señalar que la regulación del cuerpo y del deseo se sostiene sobre estructuras de poder profundamente arraigadas en la organización social. Para la autora, la distinción entre espacio público y privado permite que determinadas formas de dominación se reproduzcan bajo la apariencia de lo íntimo y lo natural. El placer, en este sentido, no es ajeno a la violencia simbólica, ya que se encuentra inscripto en un orden de género que jerarquiza cuerpos, deseos y sensibilidades. Además, subraya que las relaciones de género consideradas “normales” contienen una dimensión coercitiva que rara vez es reconocida como tal, precisamente porque se desarrolla en el ámbito de la intimidad. Esta observación resulta clave para analizar cómo el placer puede convertirse en un mecanismo de reproducción del poder, incluso cuando se experimenta como elección individual. La gestión del deseo no se produce en un vacío, sino dentro de marcos culturales que orientan las fantasías, los afectos y las expectativas relacionales.

Las transformaciones contemporáneas de los vínculos intensifican esta problemática pues en la medida en que la inestabilidad de las relaciones afectivas en la modernidad líquida produce

una tensión constante entre el deseo de conexión y la necesidad de preservar la autonomía, evitando formas de dependencia (Bauman, 2005/2010). Esta ansiedad se traduce en prácticas relacionales donde el placer se busca sin ataduras, reforzando la privatización de la experiencia íntima. El espacio privado, lejos de ser un refugio neutral, se convierte en un laboratorio donde el sujeto aprende a autogestionar su deseo según las exigencias de flexibilidad y rendimiento emocional.

Desde otra perspectiva, este proceso puede leerse como una colonización del espacio vivido por lógicas abstractas que priorizan la funcionalidad, el consumo y la eficiencia (Lefebvre 1974/2013). El placer se integra a estas lógicas, perdiendo parte de su potencial disruptivo y adaptándose a formas socialmente aceptables de experimentación. No obstante, esta adaptación nunca es completa: en las prácticas íntimas persisten tensiones, resistencias y contradicciones que revelan los límites del control espacial y normativo. En conjunto, el análisis del espacio, el género y las prácticas relacionales muestra que lo público y lo privado del placer no son esferas separadas, sino dimensiones interdependientes de un mismo orden social. El deseo se configura en espacios producidos socialmente, regulados por normas de género y atravesados por transformaciones contemporáneas de los vínculos. El placer, lejos de ser una experiencia puramente individual, emerge como un fenómeno profundamente político, inscrito en relaciones de poder que organizan la vida urbana, la intimidad y las formas de relación.

En pocas palabras, esto permite comprender que las prácticas de placer y el consumo pornográfico no pueden analizarse sin atender a la producción social del espacio, a la regulación del cuerpo y del deseo, y a las transformaciones actuales de la intimidad. En este entramado, el sujeto contemporáneo gestiona su placer entre la visibilidad y el ocultamiento, la autonomía y el control, la libertad prometida y las normas que la delimitan. Esta aparente capacidad de autogestión traslada el peso de la norma al ámbito de la voluntad propia, donde el individuo asume como una decisión íntima de aquello que, en realidad, es el resultado de un diseño social que predetermina los horizontes de lo posible.

6. Metodología

Este estudio adopta un diseño cualitativo de etnografía digital e híbrida para analizar cómo se producen, circulan y se interpretan representaciones corporales en el consumo de pornografía en Medellín. Siguiendo enfoques que entienden Internet como fenómeno incrustado en la vida cotidiana y metodológicamente poroso entre lo online y lo offline, el campo se construye a partir de trayectorias de uso, espacios de sociabilidad mediada y contextos urbanos concretos. La investigación combina observación participante (presencial y en línea), entrevistas semiestructuradas y análisis de plataformas (categorías, interfaces y recomendaciones) para comprender cómo ciertos cuerpos se vuelven legibles y deseables mediante guiones visuales, lenguajes compartidos y mediaciones técnicas.

El trabajo de campo se realizó con jóvenes adultos (18–29 años) residentes en Medellín que reportaron consumo de pornografía digital. La selección se efectuó mediante muestreo intencional por criterios y por variación máxima, propio de enfoques cualitativos, con el fin de reunir casos informativos que permitieran comparar trayectorias de consumo, contextos de uso y lecturas del cuerpo. En consecuencia, la muestra no busca representatividad estadística de la juventud de Medellín, sino una comprensión situada del fenómeno a partir de experiencias heterogéneas y analíticamente relevantes.

6.1. Estrategia metodológica

La estrategia metodológica se organiza en tres momentos articulados:

- **Lectura analítica del material audiovisual consumido:** Se realizará un análisis cualitativo de contenido y de forma de fragmentos o piezas pornográficas referidas por las y los participantes (por ejemplo, mediante enlaces, títulos/categorías, descriptores o co-visionado voluntario). El propósito es caracterizar representaciones corporales (tipos de cuerpos visibles y ausentes, gestualidades, roles, “gramáticas” del placer, organización de la mirada, guiones recurrentes y marcadores de jerarquía/poder). Esta fase produce un mapa descriptivo inicial que orienta la conversación posterior sobre interpretación y experiencia.

- **Trabajo con las interpretaciones de las y los jóvenes:** Se realizarán entrevistas semiestructuradas para indagar percepciones sobre cuerpo, atractivo, deseo y criterios de “lo normal/lo real”, así como condiciones situadas de consumo (momentos, dispositivos, entornos, privacidad, acompañamiento o secreto). El formato semiestructurado permite profundidad narrativa, matices y contraste entre casos, sin convertir la entrevista en un cuestionario rígido.
- **Cruce interpretativo de materiales:** Con el corpus audiovisual y los relatos de entrevista, se realizará un análisis temático comparativo para identificar patrones y diferencias: qué rasgos visuales se reiteran, cómo son resignificados en las narraciones, y qué tensiones emergen entre lo que se muestra, lo que se espera y lo que se evita. Este cruce permite leer la práctica (lo que se ve y se busca) junto con sus sentidos (lo que se dice, se siente y se justifica), manteniendo el foco en dinámicas sociales y culturales, más que en una explicación basada únicamente en “efectos individuales”.

6.2. Técnicas de producción de información

- **Análisis audiovisual (contenido y forma):** Se empleará una matriz de categorías para registrar sistemáticamente: tipo de escena, encuadre, posición/movimiento de cámara, ritmo de montaje, visibilidad/invisibilidad de zonas corporales, distribución de iniciativa y agencia, y marcos de poder en la interacción. La matriz no busca emitir juicios morales; su función es ordenar observaciones para ponerlas en diálogo con las voces de las y los participantes y reducir la dependencia exclusiva del recuerdo o del comentario retrospectivo.
- **Entrevistas semiestructuradas con apoyos de evocación:** Las entrevistas podrán realizarse de manera presencial o en línea, coherentes con enfoques de etnografía digital que reconocen la continuidad entre prácticas online y offline y la validez de interacciones mediadas cuando se documentan con rigor. Este uso de disparadores visuales busca romper con la racionalización excesiva de las respuestas, permitiendo que afloren asociaciones afectivas y memorias sensoriales que el discurso estructurado suele omitir. Asimismo, la flexibilidad del formato de entrevista reconoce que la intimidad contemporánea se construye en el tránsito entre dispositivos y entornos físicos, permitiendo capturar el sentido que los participantes otorgan a su consumo en el mismo lenguaje y espacio donde este ocurre habitualmente.

- **Cartografía corporal:** Con participantes que lo autoricen, se utilizará cartografía corporal como recurso visual y reflexivo: a partir de siluetas o mapas del cuerpo, cada persona ubicará sensaciones, zonas de tensión, incomodidades o deseos, así como imágenes recurrentes asociadas al consumo. Los mapas funcionan como herramienta de reflexión co-construida para nombrar experiencias corporales que a veces no se expresan con facilidad en lenguaje exclusivamente verbal. Este ejercicio permite rastrear la manera en que el consumo de imágenes se traduce en una geografía de afectos, identificando dónde se localizan los estándares de belleza o rendimiento que han sido incorporados como propios. Al plasmar estas vivencias sobre el papel, la silueta deja de ser un contorno genérico para transformarse en un espacio de denuncia y reconocimiento, donde el participante puede observar de manera tangible la distancia o cercanía entre su realidad física y los modelos ideales que circulan en el entorno digital.

6.3. Unidades de trabajo y de análisis

Unidades de trabajo Corresponden a los registros y materiales empíricos que se recolectarán durante la investigación:

- **Material visual y narrativo:** Contenidos referidos por los participantes o, en su defecto, las descripciones detalladas de aquellos fragmentos que no puedan ser preservados por motivos de privacidad o caducidad.
- **Relatos de experiencia:** Testimonios obtenidos en las entrevistas y, de ser posible, registros de autorreflexión o notas breves aportadas por los sujetos de estudio.
- **Cartografías del cuerpo:** Mapas y siluetas producidos en los talleres, junto con las notas de campo que documenten el contexto de estas interacciones.

Unidades de análisis que representan las dimensiones conceptuales que se rastrearán en los materiales anteriores:

- **Modelos de corporalidad:** Análisis de las formas, roles y dinámicas de poder que se proyectan en las imágenes y cómo estas definen lo que es deseable o visible.

- **Narrativas sobre el deseo:** Interpretaciones que los sujetos construyen sobre su propia sensibilidad, sus afectos y su sexualidad en relación con lo que consumen.
- **Localización de las prácticas:** Vínculos entre las interpretaciones individuales y los códigos sociales dominantes en Medellín, observando cómo el entorno urbano y sus normas moldean las formas de vivir la intimidad.

6.4. Consideraciones éticas

Se garantiza la protección de los participantes mediante un anonimato riguroso, utilizando seudónimos y descriptores narrativos para el material visual, con el fin de proteger la privacidad y evitar cualquier identificación directa. De este modo, no se almacenan archivos que puedan comprometer la integridad de los participantes. El espacio de trabajo ya sea físico o digital, se establece como un entorno libre de juicios, diseñado para prevenir cualquier forma de estigmatización o malestar emocional derivado de la indagación sobre la intimidad.

El consentimiento informado se entiende como un proceso continuo y no como un trámite puntual. Los participantes conocen los objetivos del estudio y pueden retirarse o solicitar la eliminación de sus datos en cualquier momento, garantizando así una participación voluntaria, transparente y respetuosa de su autonomía. Esta dinámica exige que el investigador mantenga canales abiertos de comunicación durante todas las fases del trabajo, asegurando que el flujo de información sea constante y comprensible.

En cuanto a la cartografía corporal, se adopta un enfoque ético colaborativo que reconoce la coautoría de los mapas. Dado que este ejercicio implica la expresión de experiencias íntimas, el participante conserva la agencia sobre su representación, equilibrando la producción de conocimiento con el respeto por su dimensión simbólica y personal. Esta postura implica que el mapa no se asume como un objeto de análisis estático extraído por el investigador, sino como un territorio vivo de significación donde el cartógrafo es el intérprete primordial de su propio relieve sensible.

7. Resultados y Hallazgos

Este documento reúne hallazgos y resultados de un trabajo que buscó entender algo muy concreto: ¿qué pasa cuando el acceso a la pornografía se vuelve cotidiano, móvil y casi siempre privado? La pregunta no se aborda desde el juicio de si está bien o mal, sino desde la vida diaria en también comprender cómo se llega al contenido, qué ideas sobre el cuerpo y el placer circulan allí, qué emociones aparecen, y cómo esas imágenes terminan dialogando con lo que las personas esperan de sí mismas y de sus relaciones.

Para responder, se cruzaron tres fuentes de evidencia. Primero, un análisis de contenido de 20 piezas pornográficas de circulación digital (n=20). Segundo, 20 entrevistas semiestructuradas a adultos jóvenes entre 18 y 29 años que viven en Medellín. Tercero, un taller individual de cartografías corporales que produjo siete mapas (P1–P7), donde las y los participantes marcaron zonas de placer, seguridad, inseguridad/conflicto y comentarios sobre su cuerpo. La idea de “triangulación” aquí no basta con mirar solo los videos, porque ver un contenido no es lo mismo que vivirlo y al cruzar fuentes, aparecen dos cosas a la vez: En primer lugar, patrones que se repiten, por ejemplo, qué cuerpos se vuelven “norma” o qué guiones de poder dominan y en segundo lugar los matices importantes (por ejemplo, cómo las personas negocian, filtran o rechazan lo que ven).

También hay un punto clave y este tema se mueve entre lo público y lo privado. Por un lado, la pornografía se consume casi siempre a solas, en espacios íntimos, por ejemplo, el baño o la habitación, lo cual son momento de privacidad. Por otro lado, también se tiene en cuenta la manera en cómo está producido y organizado por plataformas, etiquetas, rankings y lógicas de mercado. En otras palabras, lo privado no está aislado de lo social; se conecta con reglas, expectativas y estéticas que circulan en la ciudad y en internet.

7.1. Conceptos clave

Es importante tener presentes algunos términos que se desarrollaron en los hallazgos y resultados:

- **Plataforma:** la página o aplicación donde se accede al contenido (por ejemplo, sitios de videos, redes sociales o servicios de suscripción).

- **Etiqueta o categoría:** palabras clave que organizan la oferta (“colombiana”, “pareja”, “anal”, “BDSM”, etc.). Importa porque no solo describe: también guía búsquedas y promete una experiencia.
- **Scroll:** el gesto de deslizar el dedo para seguir bajando contenido en el celular. En redes sociales, el porno puede aparecer como “una capa más” dentro de ese Scroll cotidiano, mezclado con memes, noticias o conversaciones.
- **Guion:** la forma repetida de organizar la escena (quién manda, quién obedece, qué roles aparecen, si hay negociación, si hay silencio, etc.).
- **Cuarto propio portátil:** Metáfora para el celular, que funciona como un espacio íntimo y móvil donde se gestionan placeres e identidades lejos de la mirada pública.
- **Economía del secreto:** Estrategia de los usuarios para navegar entre el deseo privado y el estigma social o la vigilancia mediante el ocultamiento de su consumo.
- **Fragmentación corporal:** Lógica de la industria que selecciona y aísla segmentos del cuerpo (genitales, senos, nalgas) mediante el encuadre, reduciendo a la persona a un conjunto de partes funcionales.
- **Pedagogía informal (o Manual):** Función de la pornografía como recurso práctico de aprendizaje sexual que llena los vacíos de la educación formal, prescribiendo técnicas y normas de desempeño.
- **Técnicas de la mirada:** Prácticas aprendidas de selección y valoración de lo corporal que enseñan a los usuarios qué partes del cuerpo deben observar y considerar deseables.
- **Zonas de conflicto:** Áreas específicas del cuerpo donde los participantes localizan sus complejos o inseguridades tras compararse con los estándares normativos de la pantalla
- **Modo alerta:** Estado de vigilancia constante que el usuario mantiene durante el consumo (revisar si alguien viene, bajar volumen, borrar historial) para proteger su privacidad.
- **Gramática del placer:** Conjunto de reglas, signos y escenas repetitivas (como el “cum-shot”) que la industria impone para que el capital pueda “leer” y vender el deseo.
- **Carne-mercancía:** La comprensión de la propia corporalidad como un objeto de consumo y desecho, ajustado a modelos rígidos de rendimiento y estética.
- **Ecologías de consumo:** Se refiere al conjunto de infraestructuras técnicas (celular, plataformas) y reglas sociales (vergüenza, secreto, presión de grupo) que rodean el acto de ver pornografía

- **Geografías del deseo digital:** Son los recorridos o tránsitos que realiza el usuario desde su dispositivo hacia plataformas y etiquetas específicas para localizar el contenido deseado.
- **Consumo planificado vs. Tránsito digital cotidiano:** El primero ocurre cuando el sujeto busca contenido activamente; el segundo sucede cuando el porno aparece de forma no buscada durante el scroll en redes sociales.
- **Economía de la atención:** Lógica de la industria que utiliza títulos llamativos, miniaturas y etiquetas para capturar el clic del usuario de forma inmediata en un entorno saturado de información.
- **Modo alerta:** Estrategia de vigilancia que el usuario despliega durante el consumo para no ser descubierto, como bajar el volumen, cerrar pestañas rápidamente o borrar el historial.
- **Economía informal del contenido:** Práctica de acceder a contenidos de pago (como OnlyFans) de manera gratuita a través de circuitos de redistribución en Telegram.
- **Estética del “más”:** Una tendencia de la industria hacia lo exagerado (tamaños, duración, explicitud) que reeduca el deseo como una búsqueda de intensidad cuantificable.
- **Despersonalización:** Proceso mediante el cual la fragmentación de la imagen reduce a la persona a un objeto, negando su mente, voluntad y emociones para facilitar un consumo sin "retorno ético".
- **Desigualdad de exposición:** Asimetría donde las mujeres suelen aparecer con cuerpo y rostro completo (hipervisibles), mientras que los hombres suelen ser representados de forma anónima o centrada solo en sus genitales.
- **Cercanía y exotismo:** Uso de etiquetas locales ("paisa", "colombiana") para generar una ilusión de pertenencia o, por el contrario, una distancia deseable que excita mediante la diferencia.
- **Ciclo emocional (Antes–Durante–Después):** Patrón afectivo que suele iniciar con curiosidad y miedo, pasar por el placer y la tensión, y finalizar con sentimientos de culpa, vacío o, en algunos casos, alivio y validación.
- **Espejo identitario:** Función de la pornografía como archivo cultural donde personas con identidades disidentes (LGBTIQ+) buscan palabras o referentes para reconocer sus propios deseos.
- **Campo de disputa (Reconocimiento vs. Captura):** Tensión que ocurre cuando las categorías de diversidad sexual sirven para la autoafirmación del usuario, pero al mismo

tiempo son utilizadas por el mercado como simples nichos comerciales.

- **Mini-historia / Rol play:** Contextualización del acto sexual dentro de una narrativa (infidelidad, roles profesionales, tabúes familiares) que busca excitar a través de una situación de poder reconocible.
- **Consentimiento supuesto:** Fenómeno en el que la negociación de límites es invisible en las escenas, dando a entender que el sexo es algo que "se da por hecho" y no requiere conversación.

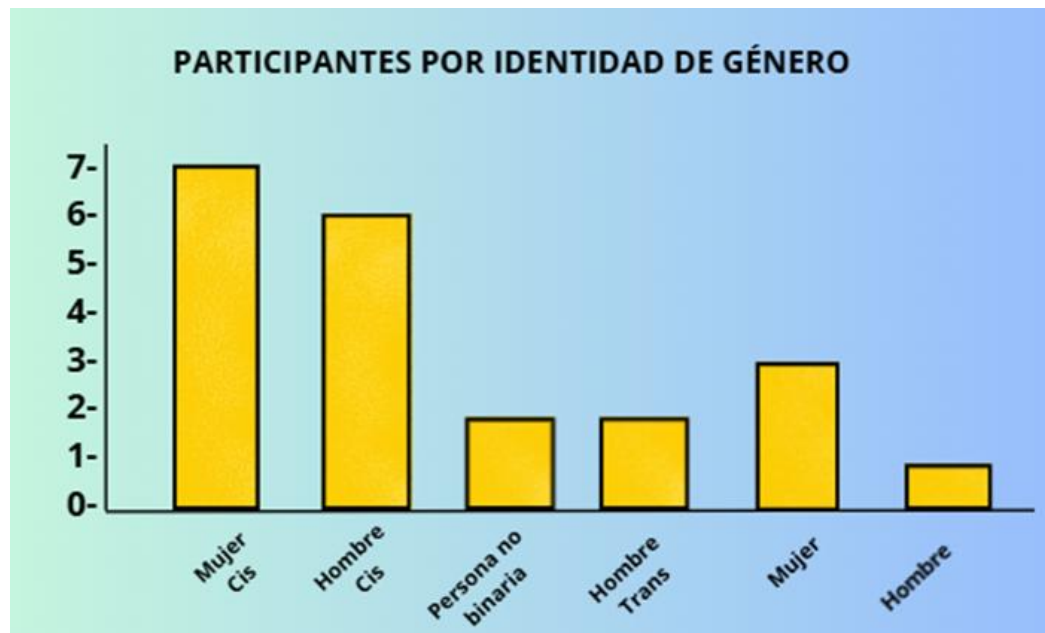
En el texto se incluyen fragmentos cortos de entrevistas (marcados como E1, E2... para cuidar el anonimato) y se incorporan figuras y cartografías en el lugar donde ayudan a entender un hallazgo. Los anexos, al final, reúnen el material completo (tablas descriptivas y cartografías completas) para quien quiera revisar con más detalle.

Finalmente, se retoma una idea útil para leer este tema sin moralismos: el placer en la era digital no es solo natural ni solo íntimo; está mediado por pantallas, tecnologías y mercados que lo entrenan y lo vuelven rentable (Preciado, 2010). Esa mirada sirve como telón de fondo, pero el corazón del texto son las voces, los mapas corporales y los patrones observados en el corpus. Esta perspectiva permite entender que, si bien el deseo está atravesado por una producción industrial, no se agota en ella; existe una negociación constante en la que el sujeto habita esos espacios de consumo de formas inesperadas. Al centrar el análisis en las experiencias situadas, se busca rastrear los posibles desvíos o grietas que aparecen en esa rentabilidad del placer, observando cómo los cuerpos en Medellín traducen, resisten o se apropian de los modelos globales para construir una vivencia propia de la intimidad

La siguiente figura es importante ya que permite ubicar, de manera rápida, quiénes componen el grupo entrevistado. No busca representar a toda la ciudad, sino mostrar la diversidad básica desde la cual se narran los hallazgos.

Figura 2

Identidad de participantes entrevistados (n=20).



7.2. Ecologías de consumo, acceso y circulación: el escaparate y sus condiciones de posibilidad

Este capítulo responde al dónde y al cómo del consumo. Antes de hablar de cuerpos, emociones o identidades, es necesario ubicar el escenario, qué dispositivos se usan, qué lugares (físicos y virtuales) aparecen, y qué papel juegan las plataformas al ordenar lo que se ve. La idea central es que la pornografía no circula en el aire, circula dentro de infraestructuras concretas como el celular, páginas y red como también dentro de reglas sociales ya sea vergüenza, secreto, presión social. El dispositivo no es solo un objeto, sino un mediador que transforma el espacio privado en un nodo de conexión con lo global, permitiendo que el deseo se manifieste en la soledad de la habitación, pero bajo la vigilancia invisible de los algoritmos. Así, el entorno del consumo se convierte en un híbrido donde lo arquitectónico y lo digital se funden, obligando al sujeto a renegociar sus límites de intimidad cada vez que una pantalla se enciende en la oscuridad de lo cotidiano.

7.3. Geografías del deseo digital: entre la ciudad y la pantalla

En Medellín, como en muchas ciudades, el internet está presente diariamente en la rutina de las personas. En ese contexto, la pornografía funciona como un contenido de acceso fácil, que puede aparecer por búsqueda directa (entrar a un sitio) o por otros caminos (un enlace que llega por un chat, un video compartido, una cuenta en una red). Esta mezcla cambia la experiencia el consumo puede ser planificado (voy a buscar algo) o puede aparecer como parte del tránsito digital cotidiano (me salió en el scroll).

Hablar de geografías aquí no significa solo mapas en el sentido clásico. Significa ubicar recorridos, del celular a la plataforma, de la plataforma a una etiqueta, y de la etiqueta a una escena. Ese recorrido tiene un lado muy íntimo (lo que cada uno busca o evita), pero también un lado colectivo, las plataformas organizan la oferta para que sea rápida de consumir, y las categorías se convierten en un lenguaje común que circula entre pares.

En clave de economía, el porno digital también es un negocio del clic. No solo muestra sexo: vende tiempo de pantalla. Por eso se apoya en títulos llamativos, miniaturas, recomendaciones y listas. Preciado (2010) propone que, en la era digital, el deseo se vuelve parte de una industria que entrena el placer y lo vuelve rentable. Lo que veremos en el capítulo es cómo esa industria se vuelve experiencia concreta en Medellín, en edades de inicio, en dispositivos y en circuitos de plataforma.

7.4. Primeros contactos: edad, mediaciones y socialización sexual

En las entrevistas, el primer contacto con pornografía se ubica entre los 10 y los 18 años, este dato no se presenta para fijar una “edad correcta”, sino para señalar que muchas experiencias ocurren cuando todavía hay poca conversación abierta sobre sexualidad en familia o en escuela. En ese vacío, el porno puede entrar como curiosidad, como prueba entre amigos o como contenido que llega sin ser buscado.

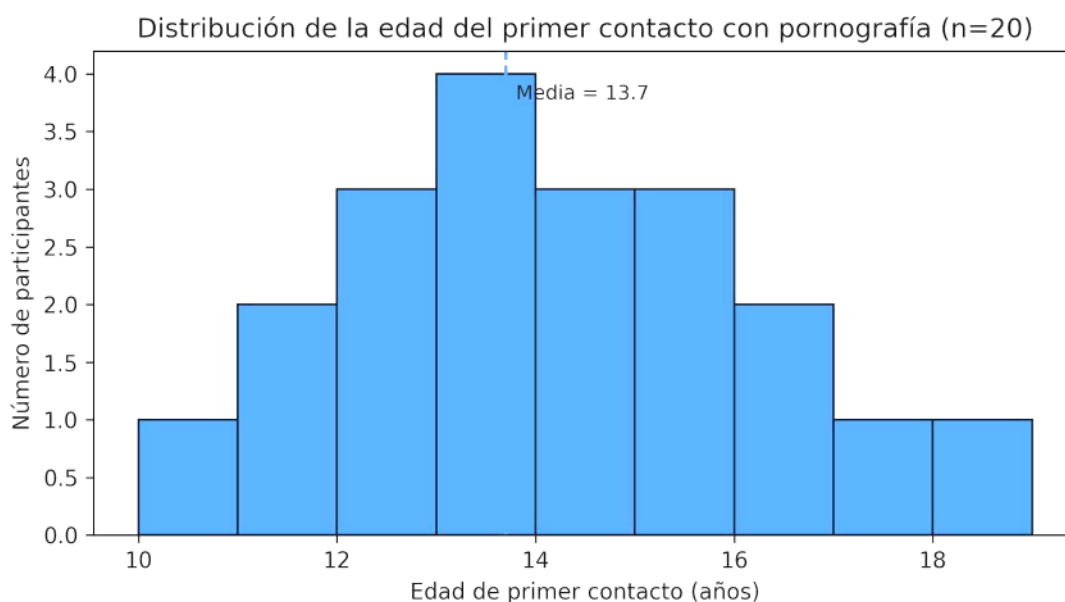
Las historias de cómo fue su primera experiencia con el porno no son iguales. Aparecen tres rutas principales: (a) el accidente (un enlace, un video, una pestaña abierta), (b) la presión o mediación de otras personas (ver con amigos, demostrar que “uno ya sabe”), y (c) la búsqueda propia (querer entender el deseo, la masturbación, o la orientación sexual). La diferencia importa

porque marca el tono emocional ya que no es lo mismo descubrir desde la curiosidad que desde una exposición invasiva.

Este dato no se presenta para fijar una “edad correcta”, sino para señalar que muchas experiencias ocurren cuando todavía hay poca conversación abierta sobre sexualidad en familia o en escuela. En ese vacío, el porno puede entrar como curiosidad, como “prueba” entre amigos o como contenido que llega sin ser buscado.

Figura 3

Edad del primer contacto con pornografía (n=20).



Esta figura se incluye porque ayuda a ubicar el inicio del contacto como un evento temprano y, muchas veces, mediado por pares. Eso permite entender por qué en varios relatos aparecen mezcla de curiosidad, vergüenza y miedo a ser descubierto.

En palabras de una participante, el primer acercamiento se vivió con ambivalencia: “Sentía una mezcla de curiosidad y miedo por hacer algo que no debía, aun así, lo hice a escondidas mientras todos dormían. Fue por medio del celular de mi hermano, ya que para ese entonces no tenía celular”. (Patricia, comunicación personal, 21 de abril, 2025).

Otra entrevistada describe el primer encuentro no como descubrimiento, sino como una experiencia que se sintió invasiva:

La primera experiencia fue con unos primos, eran tres o cuatro años mayores a mí. Ellos estaban conversando de los videos que habían visto en un sitio web, después empezaron a poner los videos y yo escuché todo. A ellos les pareció gracioso mostrarme y por esa razón siento que fue una experiencia invasiva ya que fue algo que no pedí. (Teresa, comunicación personal, 4 de junio, 2025).

El inicio del consumo no se presenta como un acto aislado, sino como una negociación con el espacio. En el relato de Patricia, la falta de un dispositivo propio desplaza el deseo hacia el territorio de lo prohibido y lo ajeno; el uso del celular del hermano durante el silencio de la noche evidencia cómo el acceso a estos contenidos requiere de una acción de ocultamiento. Esta curiosidad y miedo, refleja la tensión que mencionaba Bauman (2005/2010) el sujeto busca la satisfacción inmediata, pero debe hacerlo sorteando las reglas sociales de la vergüenza y el secreto que operan en la arquitectura del hogar. Aquí, el celular actúa como una ventana clandestina.

Por otro lado, la experiencia de Teresa introduce una dimensión crítica sobre la socialización del deseo y el ejercicio del poder. A diferencia de la búsqueda activa de Patricia, aquí el consumo aparece como una imposición mediada por la jerarquía de edad y género. La descripción de la experiencia como "invasiva" sugiere que la pornografía, en este caso, no funcionó como una herramienta de exploración personal, sino como un mecanismo de exhibición grupal donde el placer del otro (los primos) se antepone a la voluntad del sujeto. Este relato confirma lo que Butler (1993/2002)) señala sobre las normas que regulan qué cuerpos tienen permitido mostrar y quiénes son obligados a mirar, transformando un sitio web en un espacio de vulneración.

Finalmente, ambos testimonios permiten comprender que el escenario del consumo no es solo digital, sino profundamente relacional. Mientras que para una participante el primer encuentro está marcado el interés y la curiosidad, para la otra está marcado por la invasión y la vulneración.

7.5. Dispositivos y espacialidades: privacidad, vigilancia y economía del secreto

El segundo hallazgo fuerte es tecnológico y espacial. En 12 de 20 casos, el primer acceso ocurrió por celular y en 8 por computador (Trabajo de campo, Entrevistas semiestructuradas). El

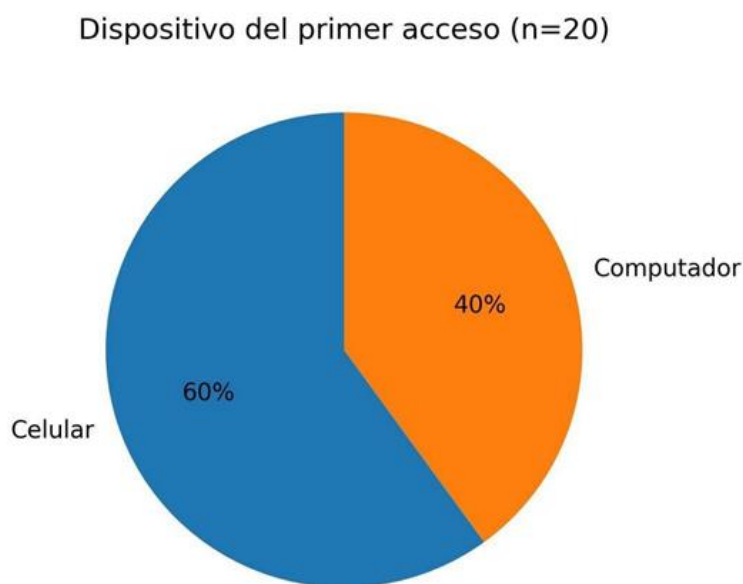
celular aparece como el dispositivo “más privado” porque va en el bolsillo, se puede ocultar rápido y permite explorar sin dejar rastros visibles para otros. En varios relatos, esa privacidad no se siente como comodidad neutra, sino como una estrategia: mirar sin ser visto.

Al hablar de lo privado no se trata solo de estar en un cuarto. Se trata de manejar el riesgo de ser descubierto. Por eso aparece lo que varias personas describen como un modo alerta, revisar si alguien se acerca, bajar el volumen, cerrar pestañas, borrar historial. En coherencia con esto, 17 de 20 participantes dicen que consumen principalmente en espacios privados (habitación, baño, momentos a solas), incluso si el primer contacto ocurrió en escenarios públicos (colegio, grupo de amigos)

Aquí lo público y lo privado se cruzan, pues se consume en privado, pero con una sombra pública encima (el juicio, la vergüenza, el qué dirán). Esa presión no viene solo de la edad; también se conecta con normas morales y con estigmas que todavía pesan sobre el placer, especialmente en mujeres y disidencias.

Figura 4

Distribución del dispositivo de primer acceso al consumo (n=20).



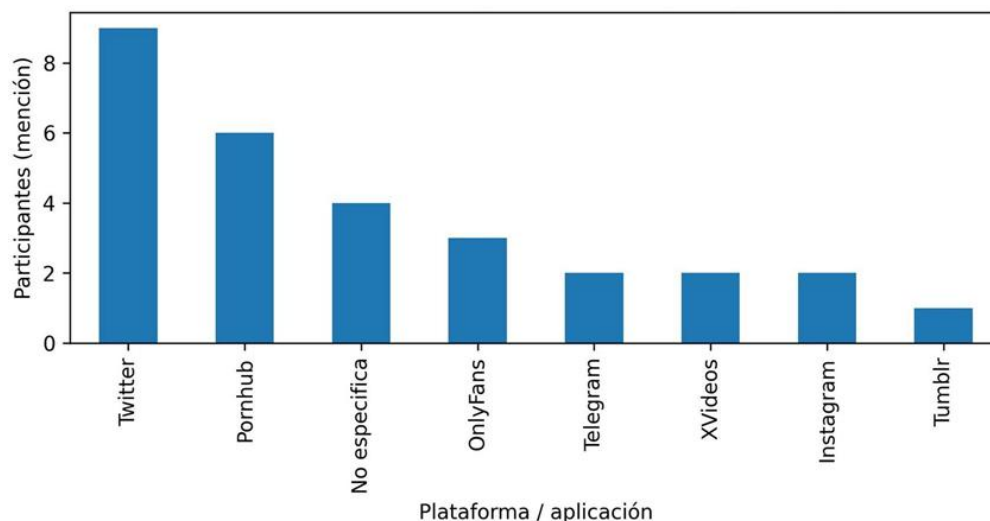
7.6. Plataformas y circuitos: espacios percibidos como más libres

Cuando las personas hablan de pornografía, casi siempre nombran plataformas. Esto no es solo un dato, sino que las plataformas no solo alojan contenido; también ordenan, recomiendan y dan forma a lo que aparece como normal. En las entrevistas, los sitios más mencionados fueron redes y páginas muy distintas entre sí: desde Pornhub o Xvideos (sitios de video) hasta X (antes Twitter), Telegram u OnlyFans (redes y circuitos de suscripción).

Dos cosas llaman la atención. Primero, que X y Telegram aparecen como rutas importantes. Allí el porno no es necesariamente un destino, puede mezclarse con conversaciones, perfiles y recomendaciones de otras personas. El contenido se vuelve parte del scroll, es decir, de esa navegación donde uno sigue bajando y aparecen cosas nuevas sin buscarlas de manera directa. Segundo, que varias personas describen ciertos circuitos como más libres, sobre todo cuando buscan diversidad sexual o contenidos menos repetitivos. Tercero, esa libertad que se atribuye a ciertos circuitos no depende solo del tipo de práctica o del contenido, sino del diseño mismo de la plataforma, por ejemplo, en Pornhub/Xvideos la búsqueda suele estar guiada por categorías estables, rankings y un formato que empuja a repetir lo “más visto”; en cambio, en X y Telegram el acceso se articula por redes de confianza, enlaces, cuentas y grupos, lo que produce la sensación de un porno “menos industrial” y más personalizado.

Figura 5

Plataformas mencionadas en entrevistas (frecuencia).



Esa personalización, sin embargo, no es neutral, los algoritmos y las dinámicas de comunidad funcionan como filtros que definen qué aparece, qué se vuelve deseable y qué se esconde. Por eso, para varias personas el consumo se desplaza hacia espacios donde pueden armar

su ruta y evitar lo que describen como contenido homogéneo, pero al mismo tiempo entran en una lógica de circulación semi-clandestina que se comparte por chats, canales cerrados, capturas de pantalla o links efímeros. Así, el porno deja de ser solo un sitio al que se entra y se convierte en un entramado de trayectorias como recomendaciones, conversaciones, suscripciones y archivos. En ese entramado se produce una doble acción, por un lado, se amplían las posibilidades de encontrar corporalidades y prácticas que no encajan en lo hegemónico; por otro, se refuerza una economía de acceso donde lo “diferente” aparece como lo que hay que buscar mejor, lo que consigue por invitación.

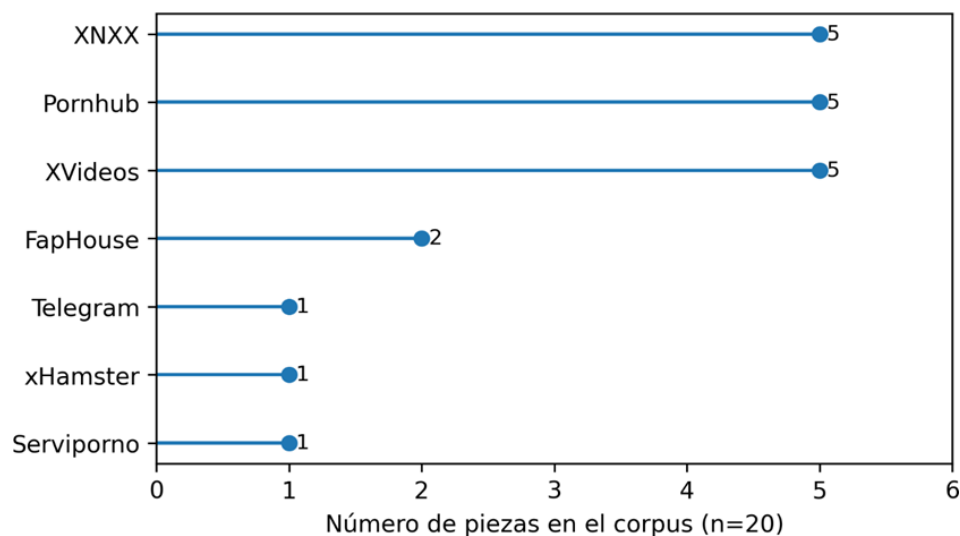
Un participante lo explica así, comparando su recorrido actual con el de antes:

Antes veía mucho contenido en páginas de pornografía como sexvideos, xvideos. Ahora me gusta mucho ver por Telegram, porque suben contenido de influencers que tienen Only fans y es totalmente gratuito, no hay tanta restricción. (David, comunicación personal, 17 de marzo, 2025).

Aquí se muestra un cambio desde páginas web hacia Telegram motivado por una lógica de costo ya que el atractivo no es solo el contenido, sino la posibilidad de acceder a material de OnlyFans sin pagar. Esto sugiere que la ruta de consumo se reorganiza por una economía informal del contenido, donde lo valioso es conseguir lo que normalmente está detrás de una suscripción. Ahí Telegram funciona como un espacio de redistribución lo cual convierte un producto de pago en un archivo compartido, reforzando la idea de circuito y no de plataforma única. En el análisis de contenido, el repertorio se concentró sobre todo en tres grandes sitios de video, con algunas piezas en plataformas menos comunes. La comparación no busca medir qué se ve más en la ciudad, sino mostrar que la oferta observada tiende a estar organizada por los grandes sitios, mientras que las rutas narradas por las personas incluyen otras plataformas.

Figura 6

Distribución de plataformas en el corpus de análisis de contenido (n=20).



7.7. La etiqueta como promesa: categorías, títulos y economía de la atención

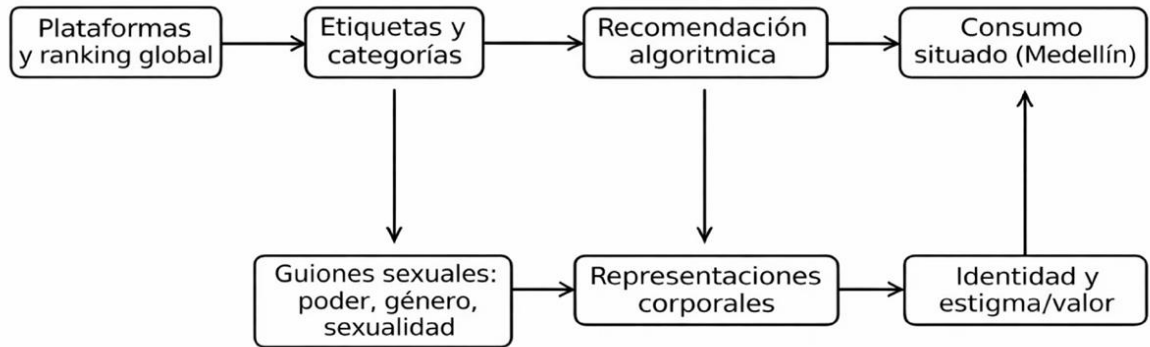
En el porno digital, la etiqueta es una puerta de entrada. Es la palabra que se escribe o la categoría que toca para filtra. Los relatos y las etiquetas se repiten en tres grandes grupos: (1) rasgos del cuerpo (edad, talla, partes específicas), (2) prácticas sexuales (oral, penetración, juguetes, etc.) y (3) roles o mini-historias (pareja, infidelidad, “profesiones”, tabú familiar, etc.).

Esto importa porque las etiquetas no solo describen, sino que también producen expectativa. Cuando una plataforma pone “colombiana”, “virgen”, “dominación” o “paisa”, no está haciendo un censo de identidades; está vendiendo una promesa rápida que se entiende en segundos. Esa velocidad es parte de la economía de la atención al capturar el clic antes de que el usuario se vaya.

Para ordenar cómo se conectan estas capas (plataforma → etiqueta → escena → interpretación), desde el análisis de contenido se construyó un esquema general que funciona como brújula de lectura. No pretende ser la verdad del consumo, sino una herramienta para seguir el hilo cuando se cruzan métodos.

Figura 7

Esquema general de análisis: de la plataforma a la interpretación.



Esta figura se incluye porque resume el recorrido típico que aparece en los datos, se entra por una plataforma, se elige por etiquetas, se mira una escena y luego se construyen sentidos (emociones, aprendizajes, expectativas). El resto del documento vuelve a este esquema para mantener el diálogo entre capítulos.

7.8. Representaciones corporales: cómo se enseña a mirar y cómo se fabrica el “cuerpo deseable”

En el capítulo anterior vimos el escenario de plataformas, celular y privacidad. Siendo también importantes plantearse preguntas como: ¿qué tipo de cuerpo aparece en la pornografía que circula? ¿Qué partes se muestran más, cuáles se borran y qué se repite hasta el punto de normalizarse? Este capítulo cruza el análisis de contenido con las entrevistas y con las cartografías corporales para mostrar que la pornografía no solo refleja cuerpos, sino que también enseña una manera de mirarlos.

No es solo lo que se ve, sino cómo aprendemos a ver. Al repetirse una y otra vez los mismos escenarios, poses, guiones, formas de mostrar los cuerpos y los mismos enfoques de cámara, se va armando una idea de lo que “debería” gustar. Ese aprendizaje es silencioso pues muchas personas no lo notan en el momento, pero después aparece en comparaciones (“yo no me veo así”), en expectativas (“así debería ser mi cuerpo”), o en la sensación de que ciertos cuerpos valen más que otros. También se nota que la pornografía no muestra todos los cuerpos por igual. Hay cuerpos que aparecen mucho y cuerpos que casi no aparecen, o aparecen como lo otro, lo distinto o lo diferente.

Y cuando sí aparecen diversidades, a veces se ven categorizadas por etiquetas, exageraciones o estereotipos. Por eso, hablar de cuerpo deseable no es hablar de un gusto individual aislado, sino que termina siendo un constructo social de estereotipos que se van formando mediante estímulos visuales, discursos prolongados en una serie de repeticiones en el tiempo que lo refuerzan.

Así mismo es importante mencionar porqué las cartografías corporales son pertinentes ya que convierten el cuerpo en un espacio de memoria, expresión y análisis. Se trata también de poder reconocer como se vive, siente y experimenta el mundo desde el cuerpo. Entender que el cuerpo no es solo biológico sino político, social y cultural. Así que explorar la relación entre cuerpo, deseo y aprendizaje sexual, visibiliza que sensaciones corporales se asocian con el consumo, cambios en la percepción corporal o autoimagen, revelar tensiones que no aparecen en el discurso verbal. Con esto la cartografía corporal recorre símbolos que se inscriben en las dinámicas sociales y culturales y es la intención de mostrar por medio de un número de cartografías realizadas en este trabajo que permite tener un acercamiento hacia aquellas experiencias personales a través del consumo de pornografía.

7.9. El cuerpo como territorio recortado: partes que se vuelven protagonistas

Un hallazgo constante del análisis de contenido es la fragmentación, es decir, la cámara y el montaje suelen tratar el cuerpo como un conjunto de partes. En lugar de mostrar una persona completa con rostro, historia y contexto, muchas escenas enfatizan partes del cuerpo muy específicas (genitales, nalgas, boca, senos). Sin embargo, es importante notar que no todo el contenido sigue este patrón, ya que existen producciones que optan por mostrar el cuerpo en su totalidad, dándole un peso fundamental a las expresiones faciales para transmitir emociones.

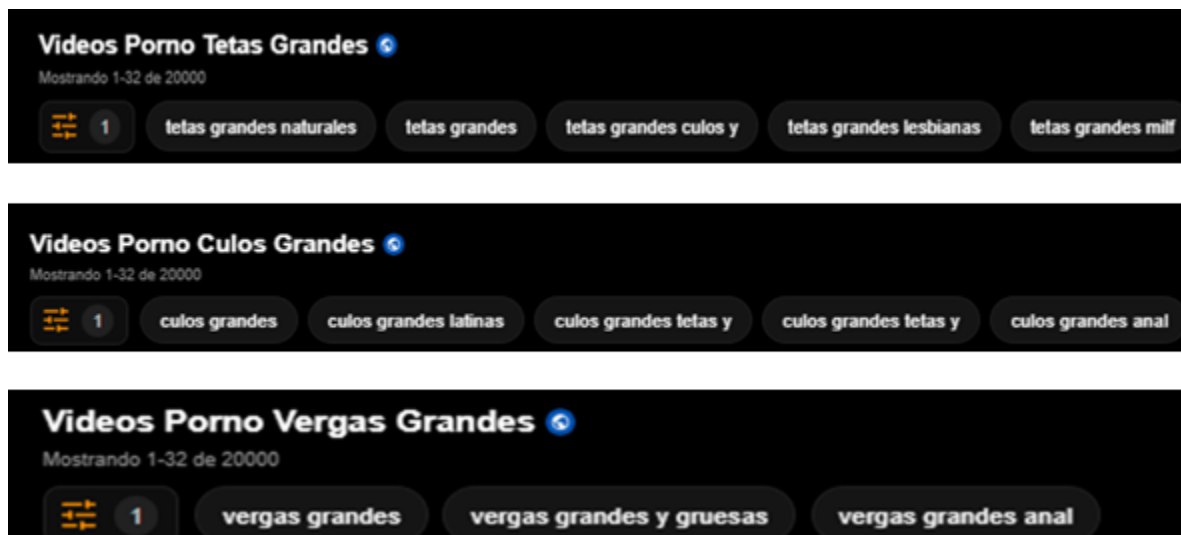
La fragmentación corporal puede definirse en un escenario representacional que selecciona y aísla segmentos del cuerpo mediante planos parciales y/o montaje, debilitando la continuidad entre rostro, gesto y contexto. Esta lógica converge a la entrada diálogos sobre la cosificación, subrayando que ciertas formas de trato cosificante reducen a la persona a “un conjunto de partes” funcionales y sustituibles. La reducción al cuerpo/apariencia y el silenciamiento. En clave filmica, de esa manera el cine narrativo clásico puede estilizar y fragmentar el cuerpo acoplándolo al placer escópico. Pues para la industria pornográfica es importante entender el público que lo consume por

lo que tienen conocimiento que hay muchos usuarios que tienen búsquedas específicas de ciertas partes del cuerpo, por ejemplo, “culo grande” “tetas grandes” “pene grande y grueso”.

Estas búsquedas en las plataformas digitales se han desarrollado a través de algoritmos y patrones económicos que vende la misma industria y que relaciona con lo exagerado, lo exuberante, lo “mucho” teniendo relación con lo que es “mejor” naturalizándolo y volviendo dentro de sus dinámicas sociales y culturales una forma de vida en la construcción de ideas de belleza, placer, deseo y poder.

Figura 8

Captura de pantalla tomada de la página web Pornhub, que muestran las sugerencias que existen cuando se buscan categorías específicas.



Nota. <https://bit.ly/4vQahCf> (xvideos,2025)

Esta figura se incluye para mostrar, de un vistazo, qué partes del cuerpo tienden a convertirse en el ‘centro’ visual. Sirve para conectar el análisis del corpus con lo que luego aparece en cartografías: el cuerpo marcado por zonas ‘importantes’ y zonas poco exploradas.

La industria pornográfica en tanto economía de imágenes tiende a traducir el cuerpo a un formato compatible con la circulación rápida para hacerlo “legible” como fragmento. También hay estrategias técnicas en uso de las cámaras pues el encuadre y el primer plano convierten partes del cuerpo en unidades de atención, y la mirada aprende a detenerse en aquello que “funciona” como atributo aislable. En cine, esta lógica de la fragmentación ya ha sido descrita como un recurso que

separa el cuerpo en segmentos para intensificar el placer visual, reorganizando el espacio de la imagen y el lugar del espectador.

Desde la antropología del cuerpo, interesa insistir en que el cuerpo no es únicamente lo superficial, pues también es construcción que se hace por medio de la trayectoria, el aprendizaje, la memoria incorporada. Mauss (1934/1996) lo llamaba “técnicas del cuerpo” a los modos socialmente aprendidos de usarlo. Si se traslada esa idea al consumo juvenil de pornografía, se puede hablar de técnicas de la mirada, es decir, prácticas aprendidas de selección, enfoque y valoración de lo corporal. En ese sentido, el cuerpo pornográfico deja de aparecer como historia de vida y se presenta como recurso de venta mostrando una anatomía segmentada donde cada parte compite por atención, como si el deseo pudiera dirigirse a un componente y no a una persona.

El énfasis en lo “excesivo” (cuerpos hipervisibles, atributos sobredimensionados, estandarizaciones rígidas) puede entenderse como una estética del “más” propia de mercados saturados, donde la atención es un recurso. La representación sexual recurre a estrategias de máxima visibilidad y cómo estos códigos pueden circular entre publicidad, erotismo y pornografía, precisamente porque están diseñados para capturar el ojo. El resultado es que el placer se desplaza hacia una búsqueda de intensidad cuantificable (más tamaño, más duración, más explicitud), y el deseo se reeduca como una comparativa permanente.

En este punto, la fragmentación también cumple una función de despersonalización. No se trata solo de “no mostrar la cara” (que no es una regla universal, pero sí una tendencia frecuente en ciertos estilos), sino de reducir los indicadores que obligan a reconocer mente, voluntad y emoción. La evidencia empírica sugiere que la objetivación puede implicar negar mente y estatus moral a quienes son tratadas como “cosa”. En experimentos, mujeres objetivadas fueron percibidas desde los prejuicios como menor atribución de mente y menor consideración. Complementariamente, el “sesgo de reconocimiento por partes” muestra que, bajo marcos de sexualización, el procesamiento puede volverse más local (por fragmentos) que global (por totalidad personal). En cuanto más se insiste en partes erotizadas y menos se sostiene la escena en claves de relación (miradas, gestos, expresiones), más fácil es consumir sin el “retorno” ético de encontrarse con alguien.

Por eso, resulta clave no hablar de “pornografía” como un bloque homogéneo, sino como un campo con estilos y guiones diferentes. En jóvenes, este aprendizaje ocurre además en condiciones de intimidad y soledad muy marcadas, en una encuesta a adolescentes, la gran mayoría reportó ver pornografía en la intimidad por lo que el deseo se organiza en la relación entre

experiencia subjetiva, interacción y entorno cultural; las imágenes pueden funcionar como guiones disponibles para interpretar qué es “normal”, qué es “deseable” y qué cuerpos “valen”. Pensar la pornografía como tecnología cultural es también pensar en que hay una tendencia fuerte a entrenarnos como consumidores de fragmentos. Sin embargo, también existen producciones que devuelven la escena a la totalidad corporal y a la comunicación gestual; cuando esto ocurre, el espectador ya no mira únicamente “partes”, sino que se ve implicado en una situación donde aparece el otro como alguien, no como algo. La disputa, entonces, no es solo moral; es antropológica: se trata de qué tipo de relación con los cuerpos (ajenos y propios) estamos aprendiendo a través de las imágenes.

7.10. Desigualdad de exposición: rostro, anonimato y quién aparece “completo”

La fragmentación no es igual para todos los cuerpos. En varias piezas del análisis de contenido, en el momento de realizar un recorrido por las plataformas pornografías los hombres aparecen sin rostro o con encuadres que los vuelven “anónimos”, mientras que las mujeres aparecen más expuestas, en donde se visibiliza el cuerpo completo, rostro visible o énfasis prolongado en la piel. Esta diferencia no es solo estética, sino que habla de quién puede ser mostrado y quien no. Ya que en un gran porcentaje de videos pornográficos los hombres no muestran la cara o hay un enfoque específico en mostrar el pene.

Por consiguiente, hay una desigualdad frente a que partes del cuerpo se muestra y como se muestra. Cuando esto se repite, puede normalizar una idea de que algunos cuerpos están para mirar y otros para actuar sin ser vistos. Esta asimetría dialoga con normas de género que circulan fuera del porno, la mirada suele recaer más sobre el cuerpo femenino como objeto evaluable, mientras que el masculino se protege o se vuelve neutral. Por esto, existe una desigualdad en la representación lo cual refuerza una relación de poder sobre ciertos cuerpos; en el cuerpo de la mujer se inscribe una narrativa donde la mujer es el territorio de exploración visual y el hombre es la presencia que dirige la escena, lo que normaliza la idea de que el placer.

Existe una hipersexualización al cuerpo de la mujer en el que se busca mercantizarla y vendiendo así mismo una idea de representación de los hombres como viriles y machos que solo ellos tienen el poder de satisfacer sus propios deseos y placer siendo la mujer un medio para ello.

De hecho, la sexualidad tiene un lugar sólidamente anclado en nuestro imaginario colectivo. La poderosa y atractiva idea de la libertad sexual ha contribuido a la hipersexualización de lo femenino, es decir, ha tenido como efecto la asignación a las mujeres de una sobrecarga de sexualidad. Desde el último tercio del siglo pasado hasta la actualidad, esta sexualización se ha desarrollado en el marco de un proceso creciente de espectacularización de las mujeres en la cultura de masas contemporánea (Gubern 1989/2005)

Desde aquel imaginario que menciona Gubern (1989/2005), surgen las representaciones corporales que se manifiestan en la percepción que tienen en este caso los jóvenes sobre su propio cuerpo, movimientos, sensaciones, etc. De ahí que la triangulación entre entrevistas y cartografías muestran con gran importancia, desde sus experiencias con la pornografía como ha influido corporalmente y a nivel relacional, porque, así como las representaciones corporales son importantes para hacer este tipo de análisis, la alteridad de los cuerpos, el ver y relacionarse con el “otro” también influye en el dinamismo social y cultural.

7.11. Pensarse otras categorías en la industria pornográfica

Hay una estandarización de categorías que son más buscadas dentro de la industria pornográfica como se mencionaba en el apartado anterior. Cabe señalar que dentro de esas búsquedas predominante está las categorías donde se encuentra los cuerpos jóvenes, delgados o musculosos, ausencia de marcas que en la vida cotidiana son comunes (vello visible, cicatrices, estrías). Cuando el cuerpo se sale de esa norma, muchas veces entra como “categoría”. Es decir, la diferencia no aparece como una variante más, sino como etiqueta de mercado, de esta manera como sostiene Butler (1993/2002) en su texto *Cuerpos que importan: Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*.

Lo abyecto designa aquí precisamente aquellas zonas "invivibles", "inhabitables" de la vida social que, sin embargo, están densamente pobladas por quienes no gozan de la jerarquía de los sujetos, pero cuya condición de vivir bajo el signo de lo "invivible" es necesaria para circunscribir la esfera de los sujetos. (Butler, 1993/2002, pp. 19-20)

Esto puede verse en etiquetas que convierten una característica en identidad total (gordas, peludas, enanas, Milf, etc.). La lógica de plataforma funciona así, lo que es “neutral” no se nombra; lo que se sale de la norma se marca. En términos de Bourdieu (1998/2000), podríamos decir que el gusto no nace solo del individuo, se forma con reglas aprendidas sobre lo que vale y lo que no vale. En Algunas de las entrevistas con algunos participantes han reconocidos que en las plataformas hay cierta predominancia en ciertas categorías:

A mí me gusta explorar en varias páginas de pornografía y aunque es muy amplio en cuanto a categorías hay unas que, si predominan más que otras y generan estándares de belleza, estereotipos que muchas veces me llevaron a no sentirme identificada con ese tipo de cuerpos porque yo soy gordita y en los videos se mostraban más que todo mujeres curvilíneas (Yolanda, comunicación personal, 7 de septiembre, 2025).

Por su parte, otra de las entrevistadas destacó como ha cambiado su percepción:

Antes me pasaba que buscaba cuerpos que fueran muy exuberantes, que tuvieran mucha cola o senos grandes, porque yo quería ser como ellas, también buscaba hombres que tuvieran el pene grande porque era todo lo que yo quería encontrar en el cuerpo de un hombre, pero con el tiempo me empezó a interesar mucho más ver otro tipo de cuerpos que se parecieran más a la realidad. (Andrea, comunicación personal, 4 de septiembre, 2025).

Estos fragmentos ayudan a no simplificar el hallazgo. la “diversidad” puede estar capturada por el mercado como nicho, pero también puede ser leída por las personas como una búsqueda de identificación y hallazgo. De igual manera, permite dar cuenta que el deseo es un campo de batalla donde el capitalismo visual y la identidad personal están en constante tensión. Aunque la industria se esfuerce por jerarquizar los cuerpos y silenciar las subjetividades mediante el montaje y el volumen, la mirada humana conserva la capacidad de buscar la verdad detrás del fragmento. Reconocerse en el otro, con sus marcas y su historia, es el paso definitivo para transformar el consumo de imágenes en una experiencia de reconocimiento, devolviéndole al cuerpo su derecho a ser visto como una totalidad y no como una suma de partes funcionales.

7.12. Identidades Etiquetadas: Cercanía y Exotismo en el Consumo de lo Local

Un resultado llamativo en este trabajo investigativo es la presencia de lo local como etiqueta, etiquetas como “colombiana”, “venezolana” o “paisa” no funcionan como un “retrato” fiel de Medellín. Funcionan como una forma de vender una idea, un acento, una fantasía de cercanía, un imaginario.

La clave es que “colombiana/paisa” ofrece atajos interpretativos en un entorno saturado de estímulos. Frente a la incertidumbre del encuentro urbano (¿quién es el otro?, ¿qué significa su presencia?), la pornografía ofrece una promesa: “esto tiene un lugar”, “esto tiene un estilo”, “esto viene con un guion”. Y lo local funciona como índice de dos experiencias opuestas pero complementarias: pertenencia y exotización. En términos de pertenencia, la etiqueta puede producir reconocimiento: la ilusión de cercanía (“esto se parece a lo mío”) opera como capital afectivo dentro de la pornificación cotidiana del ojo. En términos de exotización, el mismo marcador puede producir distancia deseable (“esto es diferente, por eso excita”), articulando jerarquías implícitas de valor.

Esto dialoga con la vida urbana de manera indirecta. En una ciudad donde el cuerpo está expuesto a miradas constantes (en la calle, en redes, en espacios de ocio), las etiquetas locales refuerzan una sensación de pertenencia (“esto se parece a lo mío”) o de exotización (“esto es diferente y por eso excita”). En ambos casos, la etiqueta vuelve consumible una identidad situada, Como también se pueden identificar prácticas como gestos, miradas, silbidos, tocamientos, persecuciones y exhibicionismo, señalando efectos como inseguridad y miedo al transitar. De la misma manera temas como el acoso sexual en espacios asociados al transporte público y concluye que es generalizado, atravesado por intersecciones como edad y clase. Estos hallazgos no se usan aquí para afirmar que “toda mirada urbana es violencia”, sino para sostener algo más preciso y es que en la experiencia urbana, la mirada sobre el cuerpo puede ser un recurso de poder y una fuente de vulnerabilidad, por lo que el ojo se entrena socialmente en escenarios múltiples (no solo pornográficos).

7.13. Cartografías corporales: un mapeo desde las experiencias pornográficas

El cuerpo humano trae consigo representaciones están sujetas a significados, mandatos y deseos que se construyen en la interacción con el entorno. Al hablar de cartografías corporales en el contexto de las experiencias pornográficas, nos referimos a la manera en que el consumo de imágenes sexuales también delimita, nombra y jerarquiza nuestras zonas físicas. Esta cartografía no es meramente descriptiva, sino prescriptiva, ya que nos dicta qué áreas del cuerpo son más visibles que otras, cuáles son centros de atención y cuáles, por el contrario, quedan relegadas al silencio o la invisibilidad por no cumplir con una función narrativa específica dentro de la industria.

El taller de cartografías corporales ofrece una traducción visual de este hallazgo. En la **(Ilustración 2)** por ejemplo, la persona escribe explícitamente cuáles son las “zonas que el porno resalta”, y coincide con el patrón del corpus. Las cartografías corporales permiten ver cómo estas imágenes se conectan con la autoimagen. Aquí es útil una idea de Le Breton (1990/2002), el cuerpo no es solo un organismo; es una experiencia llena de significados, donde se mezclan sensaciones íntimas y normas sociales. Por eso, cuando el porno repite un canon, no se queda en la pantalla: puede volverse una regla para mirarse. En la **(Ilustración 1)** Cartografía P1: placer, complejos y comparación corporal. por ejemplo, la persona ubica el placer en el pecho y la zona genital, pero marca el abdomen y laterales como zonas de complejos. En sus notas aparece la comparación con cuerpos vistos en pornografía. Esta mezcla (placer en unas zonas, inseguridad en otras) muestra que el cuerpo se vive como mapa afectivo: no todo el cuerpo se siente igual, ni se valora igual.

Las partes rosadas son con la que siento placer al igual que las zonas que más me gustan. Muchas veces no me siento identificada con el cuerpo que mostraban en pantallas dentro del porno por lo que empecé a tener complejos con algunas zonas de mi cuerpo que son las que están pintadas con color amarillo (P1, comunicación personal, 9 de diciembre, 2025).

Ilustración 1

Cartografía P1: placer, complejos y comparación corporal.



Nota. Fuente trabajo de campo, Cartografías corporales, 2025.

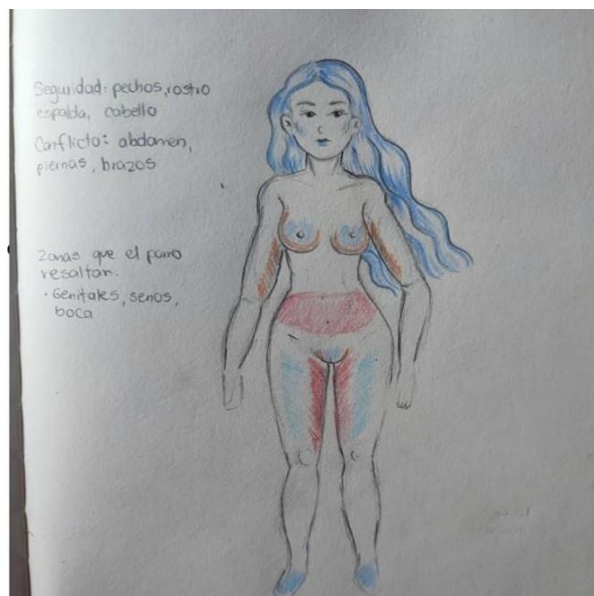
En la cartografía corporal (Ilustración 1 **Cartografía P1: placer, complejos y comparación corporal.** a participante diferencia entre zonas asociadas al placer (marcadas en rosado) y zonas atravesadas por incomodidad o complejo (marcadas en amarillo). Esta distinción muestra que el cuerpo no se experimenta únicamente como una superficie erógena, sino también como un territorio afectivo donde se generan sensaciones, preferencias y significados. Así, el mapa evidencia una relación situada con el placer, pues hay partes que reconoce como propias y deseables, a la vez que otras quedan cargadas por emociones de inseguridad, lo que permite pensar el cuerpo como un espacio de experiencias y socialmente producido.

Al vincular aquellas inseguridades con la falta de identificación con los cuerpos exhibidos en la pornografía, la participante señala el peso de los regímenes visuales y mediáticos en la construcción de la autoimagen. El porno aparece como un dispositivo que estandariza formas

corporales y criterios de deseabilidad, generando procesos de comparación con otros cuerpos. En ese sentido, el testimonio permite analizar cómo los consumos culturales no solo moldean imaginarios sexuales, sino que también producen imaginarios estéticos que pueden incidir en la manera en que se habita el cuerpo, se negocia la intimidad y se experimenta el placer.

Ilustración 2

Cartografía P6: ‘zonas que el porno resalta’.



Nota. Fuente trabajo de campo, Cartografías corporales, 2025.

En la **Ilustración 2**, la participante organiza su experiencia corporal en tres registros que son: seguridad, conflicto y zonas resaltadas por el porno. Al escribir “seguridad: pechos, rostro, espalda, cabello”, ubica la confianza en partes altamente visibles y socialmente leídas (rostro/cabello) y en atributos frecuentemente valorizados en feminidades normativas (pechos). En contraste, “conflicto: abdomen, piernas, brazos” marca áreas donde suelen concentrarse juicios morales y estéticos (peso, tono, “forma”), mostrando que el cuerpo se vive como un territorio atravesado por evaluaciones externas, pues en algunas zonas sostienen la autopercepción y otras se vuelven foco de tensión e incomodidad.

Cuando señala “zonas que el porno resalta: genitales, senos, boca”, aparece con claridad la dimensión antropológica de los regímenes visuales ya que la pornografía funciona como un dispositivo que prioriza y fragmenta partes del cuerpo y define qué debe ser visto, enfatizado y

deseable. En el dibujo, esa clasificación sugiere que el placer, la autoestima y la identidad corporal no se producen solo desde la experiencia íntima, sino también desde modelos culturales que ven el cuerpo desde la sexualización y mercantilización. La cartografía permite analizar cómo se negocia la relación entre cuerpo vivido (seguridad/conflicto) y cuerpo representado (zonas pornificadas), evidenciando la forma en que los consumos mediáticos pueden reforzar comparaciones, orientar la mirada hacia ciertas partes y afectar la manera en que se habita la intimidad y el propio deseo.

- **Percepciones e interpretaciones: afectos, aprendizajes, tensiones y lectura crítica:** Surgen cuatro puntos de enunciación que se convierten en categorías alrededor de los discursos (el propio lenguaje de los participantes) que se ordenan como ejes analíticos. No significa que cada persona encaje en una sola ya que muchas se mueven entre varias según el momento, el tipo de porno o su relación con el cuerpo y el placer.
- **Manual:** En varios relatos la pornografía aparece entendida como un recurso de aprendizaje práctico desde un lugar donde “se aprende cómo se hace”, qué posiciones existen y qué conductas se esperan durante el acto sexual. Esta lectura la ubica como una forma de educación sexual informal que suple vacíos de información, pero también funciona como un guion ya que no solo enseña técnicas, sino que prescribe cómo debería moverse el cuerpo, quién debe hacer qué y qué se considera un desempeño “correcto”, introduciendo presiones y expectativas.
- **Ficción/entretenimiento:** Otro conjunto de relatos interpreta la pornografía como actuación y producto audiovisual, separándola explícitamente de la realidad cotidiana. Aquí se destaca una distancia reflexiva: “sé que es actuación” o “lo veo como algo aparte”, lo que permite consumirla como entretenimiento o fantasía sin asumirla necesariamente como modelo. Sin embargo, esta postura no elimina del todo su influencia, pues aun reconociéndola como ficción puede incidir en imaginarios sexuales, en expectativas sobre el cuerpo y en la forma de entender lo deseable.
- **Espejo identitario:** en algunos testimonios la pornografía opera como un espacio de reconocimiento, donde se encuentran palabras, prácticas o deseos que ayudan a nombrar lo que gusta y a explorar posibilidades. En este eje, el porno funciona como archivo cultural que ofrece referencias de cuerpos, roles o escenas que pueden producir sensación de pertenencia o habilitar la imaginación sexual. A la vez, ese espejo puede ser ambivalente, porque las representaciones disponibles no siempre son diversas ni cuidadosas, y a veces el reconocimiento ocurre dentro

de estereotipos que también limitan.

- **Ruido o malestar:** varios relatos describen la pornografía como fuente de incomodidad, rechazo o efectos emocionales negativos (“me deja mal”). Esta lectura enfatiza el impacto afectivo: puede activar comparaciones corporales, inseguridades, disonancias morales o sensación de violencia simbólica, generando distancia o evitación. En estos casos, el porno se vive menos como recurso y más como interferencia en la experiencia del cuerpo y del deseo, mostrando que su consumo no es neutro, sino atravesado por emociones, valores y contextos personales.
- Estas formas no son compartimentos cerrados. Una misma persona puede moverse entre ellas según el momento de la vida, la plataforma o el tipo de contenido. La diferencia principal está en las distancias cuando se ve como manual, se reduce la distancia entre pantalla y vida; cuando se ve como ficción, se amplía. Y cuando se ve como espejo identitario, el interés no es tanto copiar una práctica sino encontrar representación. En términos de género, esto se vuelve importante porque los guiones que la pornografía repite (por ejemplo, quién inicia, quién manda, quién “rinde”) pueden entrar como expectativas. En una entrevista, se expresa así:

Cuando entraba a ver videos en Telegram, que a veces suben mucho contenido por grupos, empecé a medir el largo y grosor de mi pene, sentía que era muy pequeño a comparación de los que se mostraban. Cuando estaba con alguna chica me empecé a sentir mal porque no duraba igual que uno” (Tomás, comunicación personal, 17 de marzo, 2025).

La frase muestra algo común: muchas “reglas” sobre el sexo se aprenden sin conversación directa, por imitación o por presión. Además, cuando el aprendizaje ocurre por imitación (a menudo mediada por pantallas), el sexo se vuelve un conjunto de pasos que hay que ejecutar y no necesariamente una experiencia que se construye entre personas. En ese marco, la pornografía puede operar como manual, ya que enseña posiciones, ritmos, gestos y hasta reacciones esperadas, instalando la idea de que existe una manera correcta de hacerlo. Pero esa enseñanza también permite pensarse qué cuerpos son deseables, qué prácticas se consideran centrales y quién conduce la escena. Por eso, lo que se incorpora no es solo técnica, sino también una norma, se aprende a

actuar frente a una mirada, incluso cuando no hay público, y esa mirada puede convertirse en autoexigencia o comparación.

Al mismo tiempo, los relatos muestran que esa presión no es homogénea pues algunas personas logran poner distancia (“sé que es actuación”). Aquí aparece una tensión clave, el sexo no se reduce a un repertorio de prácticas, sino que está atravesado por seguridad, vulnerabilidad, vergüenza y deseo, todos producidos socialmente. En ese sentido, la “falta de conversación directa” no solo deja vacíos de información; también dificulta negociar límites, consentimientos y preferencias, y empuja a que los modelos dominantes (pornográficos o no) ocupen el lugar de la palabra. Así, lo íntimo se revela como un espacio donde circulan fuerzas culturales, y donde la agencia se juega en cómo cada uno acepta, adapta o cuestiona esos guiones.

7.14. Afectos antes, durante y después: culpa, ansiedad, placer, alivio, validación

El consumo no es solo un acto sexual; también es un acto emocional. Varias entrevistas describen un ciclo antes–durante–después. Antes: curiosidad, excitación y miedo a ser descubierto. Durante: placer, pero también tensión. Después: culpa, vacío o, en algunos casos, calma y alivio. La pornografía no solo produce imágenes; produce formas de habitar el deseo momentos donde la persona negocia entre lo que quiere, lo que siente que debería querer, y lo que teme que otros piensen. Ese cruce entre afectos y expectativas que se muestra que lo sexual, lejos de ser puramente privado, es un espacio donde se inscriben dinámicas culturales desde expectativas de género y modos aprendidos de autocensura o de exploración: “Era un proceso emocional bastante feo, antes de empezar sentía curiosidad con miedo, durante tenía excitación y al final me quedaba una culpa muy fuerte” (Sandra, comunicación personal, 9 de marzo, 2025).

Otras personas narran finales distintos: tranquilidad, reflexión o incluso validación, sobre todo cuando encuentran contenidos que sienten menos violentos o más cercanos a su forma de desear. En esos casos, el “después” no aparece como un momento de castigo emocional, sino como un cierre que permite integrar la experiencia: se ordenan sensaciones, se nombran preferencias y, a veces, se confirma que el deseo propio no está “mal” ni es extraño. La validación no proviene únicamente de la excitación, sino del encuentro con escenas que se perciben más cuidadosas, donde el placer parece menos forzado y el cuerpo no queda reducido a un objeto; por eso puede surgir calma, alivio o incluso curiosidad por explorar con mayor consciencia.

Este hallazgo muestra que el consumo no es homogéneo, cambia según el tipo de contenido, el contexto y la relación que cada persona tiene con su cuerpo y su historia afectiva. Cuando el material se siente cercano, disminuye la autoobservación ansiosa y se abre una lectura más selectiva: comparar, elegir, rechazar, cuestionar. Así, el porno funciona no solo como estímulo, sino como un repertorio cultural con el que se negocia donde algunas imágenes refuerzan inseguridades y otras habilitan reconocimiento y esa negociación se vuelve una ventana para analizar cómo se construyen sensibilidades sexuales, límites y formas de agencia en la intimidad.

Siempre que veo pornografía, para mí resulta liberador puesto que todo el día vivo con mucho estrés por el trabajo y el porno me proporciona una gran descarga, emocional, me hace sentir feliz y tranquilo, no siento que me quite la energía sino todo lo contrario, me hace encontrarme conmigo mismo (Andrés, comunicación personal, 17 de diciembre, 2025).

7.15. Comparación corporal, autoestima y presión por el rendimiento

Un efecto repetido en entrevistas y cartografías es la comparación. La pornografía no solo muestra cuerpos; también propone un estándar. En mujeres aparecen relatos de comparación estética (no me parezco, me falta, me sobra). En hombres aparece con fuerza la presión por el rendimiento (debo durar, debo saber, debo estar a la altura).

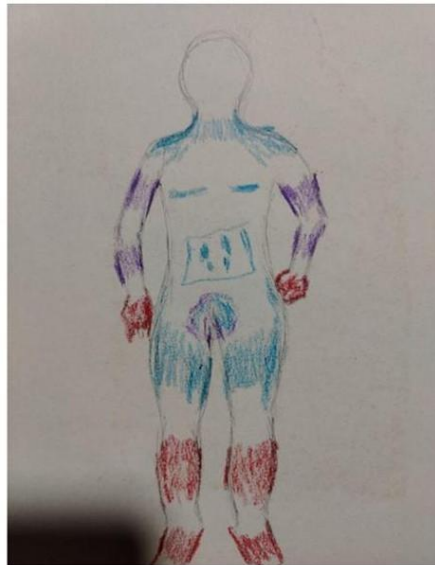
Aquí ayuda la idea de “habitus” cuando se refería que lo que se aprende en el entorno se vuelve una costumbre incorporada, algo que parece “natural” pero en realidad es social (Bourdieu, 1980/2007). Cuando ciertas imágenes se repiten, pueden convertirse en una regla interna para evaluarse. En ilustración 3, por ejemplo, la persona relaciona inseguridad con “temas estéticos del sistema”; es decir, reconoce que la presión no sale solo del porno, sino de un conjunto más amplio de expectativas sobre el cuerpo. P5 escribe directamente ‘placer’ e ‘inseguridad’ en el cuerpo, mostrando que no hay una sola experiencia: se puede disfrutar y, al mismo tiempo, sentirse insuficiente.

Las zonas azules son las partes que me gustan, que en estímulo me hacen sentir placer y seguridad, las zonas moradas son zonas de seguridad, pero no todo el tiempo y las zonas

rojas son como las partes del cuerpo que me genera un poco de inseguridad por temas estéticos del sistema (P2, comunicación personal, 24 de noviembre, 2025).

Ilustración 3

Cartografía P2: placer, seguridad e inseguridad asociada a ‘’ temas estéticos del sistema’.



Nota. Fuente trabajo de campo, Cartografías corporales, 2025.

Un hallazgo importante es que, para algunas personas, la pornografía funcionó como un lugar de exploración identitaria. Esto aparece sobre todo cuando no había otros espacios para hablar de orientación sexual, prácticas o cuerpos que se salieran de los estándares socialmente aceptados. En esos casos, el problema no es solo lo que se muestra, sino lo que no se muestra en otros lugares.

Sin embargo, la representación no garantiza bienestar. Algunas personas encuentran validación; otras encuentran estereotipos. Por eso, más que decir “la pornografía representa” o “no representa”, conviene mirar qué tipo de representación aparece: ¿es una representación que amplía posibilidades o que encierra en etiquetas? En el trabajo aparecen, por ejemplo, categorías como ‘trans’ o ‘queer’ aparecen como filtros de búsqueda y también como segmentación comercial. En entrevistas, en cambio, esos contenidos pueden ser leídos como refugio, curiosidad o aprendizaje.

Las categorías LGBTIQ+ dentro de la pornografía no son solo etiquetas descriptivas sino también son formas de ordenar el deseo, producir visibilidad y delimitar quién aparece en el campo de lo sexualmente imaginable. En muchos contextos, la existencia misma de estas categorías y etiquetas puede leerse como una disputa por presencia frente a un imaginario sexual históricamente

centrado en cuerpos heteronormativos, la circulación de cuerpos trans, no binarios y disidentes introduce otras posibilidades de placer, de roles y de relaciones. estas categorías funcionan como un territorio donde se cruzan mercado, lenguaje, afectos y política: nombrar “trans” o “queer” en un buscador no es neutral, porque activa una búsqueda de referentes y, a veces, una búsqueda de pertenencia, especialmente cuando la educación sexual formal o el entorno social han negado esas experiencias.

En ese sentido, ciertos usos y producciones pornográficas pueden operar como resistencia por parte de las disidencias sexuales. La resistencia no necesariamente se expresa como militancia explícita, sino como práctica cultural: producir y compartir imágenes donde el deseo trans o queer no está subordinado a la mirada heterosexual/cis, sino construido desde el placer propio, el consentimiento, el cuidado y la experimentación.

En pornografías comunitarias, independientes o de estética queer, suele aparecer la intención de romper guiones hegemónicos, no todo gira en torno a la penetración, se amplían las formas de erotismo, se visibilizan corporalidades no normativas (cicatrices, gorduras, diversidad funcional, corporalidades no binarias), y se ensayan otras dinámicas de poder que no están centradas en la dominación como norma. Ahí, la pornografía puede convertirse en un archivo de posibilidades: un espacio para imaginar otras intimidades, desarmar la vergüenza y legitimar deseos que han sido patologizados o convertidos en secreto.

Pero esa potencia no elimina una ambivalencia central: la pornografía también puede reproducir lógicas hegemónicas incluso cuando incorpora categorías disidentes. Con frecuencia, la industria separa “trans” y “LGBTIQ+” como nichos, y esa segmentación tiende a fijar identidades como “géneros” sexuales consumibles. Esto puede traducirse en estereotipos persistentes: hipersexualización, exotización, insistencia en ciertas partes del cuerpo, roles rígidos (quién “debe” ser activo/pasivo), y guiones que buscan satisfacer una mirada dominante más que representar experiencias diversas. En el caso trans, por ejemplo, es común que la escena esté organizada para explicar o subrayar la diferencia corporal como espectáculo, en lugar de situar a la persona como sujeto de deseo. La visibilidad se vuelve condicionada: aparece el cuerpo disidente, pero aparece bajo reglas de legibilidad dictadas por lo que el público mayoritario reconoce como excitante o entendible.

Por eso, un eje analítico útil es pensar estas categorías como un campo de disputa entre reconocimiento y captura. Por un lado, habilitan acceso a referentes, lenguajes y formas de placer

que pueden sostener procesos de afirmación identitaria; por otro, pueden quedar absorbidas por mecanismos de mercado que normalizan qué tipo de cuerpo trans/queer “vende” y cuál queda fuera. La resistencia, entonces, no está garantizada por la etiqueta, sino por cómo se producen y se consumen las representaciones: quién controla la narrativa, qué prácticas se muestran, qué estéticas se privilegian, y qué lugar ocupa el consentimiento y la agencia. En tus análisis, podrías mostrar justamente esa tensión: la pornografía como espacio donde las disidencias sexuales pueden crear imaginarios propios y, simultáneamente, como dispositivo donde se reciclan criterios dominantes de belleza, performance sexual y deseabilidad, reordenando la diversidad dentro de formatos que a veces vuelven a estrechar lo posible.

7.16. Estrategias de regulación y distancia crítica: seleccionar, migrar, conversar

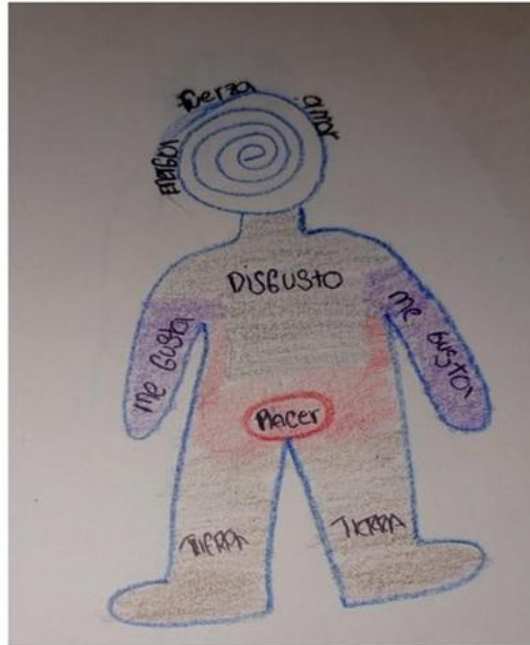
Lejos de ser receptores pasivos, muchos participantes describen estrategias para regular el consumo. Algunas son prácticas como reducir frecuencia, evitar ciertos contenidos, usar plataformas distintas, buscar producciones que se acerquen más a los cuerpos con los que se puedan identificar y auto percibir. Otras son relacionales como hablar con pareja, aclarar expectativas, distinguir pornografía de vida sexual.

En cartografías aparece algo clave y es el desaprender. En la **Ilustración 4** la cabeza se dibuja como una espiral y se escribe que está “entre los placeres y las ideas” después de desaprender del porno. Esto muestra que la reflexión no ocurre solo en la mente; también se siente en el cuerpo: tensión, dudas, incomodidades que empujan a cambiar

La cabeza en forma de espiral ya que es donde me encuentro entre los placeres y las ideas, después de desaprender el porno. La zona gris es el disgusto por la forma de mis tetillas y la zona morada son las partes que me gustan y las de color café son las que me mantiene en relación con a tierra. Por otro lado, la zona roja es donde yo localizo todo el placer lo cual también he querido extender ese placer a otras partes del cuerpo (P4, comunicación personal, 21 de octubre, 2025).

Ilustración 4

Cartografía P4: desaprender, placer e ideas en disputa.



Nota. Fuente trabajo de campo, Cartografías corporales, 2025.

Para el joven, el pensamiento y el placer ya no son categorías separadas; el "desaprender el porno" se manifiesta visualmente como una confusión necesaria, un remolino donde las viejas imágenes de consumo chocan con la nueva consciencia de sí mismo. Esta representación rompe con la idea del cuerpo como una máquina funcional para presentarlo como un territorio en constante negociación intelectual y sensorial, donde la mente es el nodo central que intenta ordenar el caos de las representaciones previas.

En la cartografía, el cuerpo se presenta de forma fragmentada a través de un código de colores emocional, lo cual es una representación directa de la subjetividad. La distinción entre la "zona gris" (el disgusto por las tetillas) y la "zona morada" (lo que le gusta) revela una geografía del cuerpo dividida entre el canon estético y la aceptación personal. Al representar sus tetillas como un área de conflicto, el participante evidencia cómo la mirada externa, posiblemente influenciada por los estándares de perfección de la pornografía ha dejado una huella de "disgusto" en su autoimagen, creando una tensión entre el cuerpo real y el cuerpo idealizado.

7.17. Género, sexualidad e identidades: guiones relacionales, poder, consentimiento y lenguaje

En este capítulo el foco está en las relaciones de poder que aparecen en los guiones pornográficos y en cómo esas escenas pueden dialogar con expectativas de género en la vida cotidiana. El interés no es condenar el porno, sino entender qué tipo de relación se repite como norma, qué lugar tiene la palabra y qué tan visible es el consentimiento.

Un hallazgo del análisis de contenido es que muchas escenas no se presentan solo como sexo; se presentan como una mini historia. Aparecen roles (pareja, infidelidad, profesiones, celebridad), situaciones de dinero o de intercambio, y juegos con tabúes, por ejemplo, familia. Estas historias importan porque conectan la sexualidad con la vida social ya que no se excita solo el cuerpo, también se excita una relación de poder o una situación reconocible. Para visualizar cómo se conectan esas historias con prácticas sexuales, el análisis construyó una red que relaciona guiones narrativos con prácticas (oral, penetración, anal, BDSM, etc.). La utilidad de la red es que muestra combinaciones repetidas, qué guiones suelen traer qué prácticas asociadas.

Muchas escenas se organizan alrededor de guiones donde alguien manda y alguien obedece, o donde el control está claramente inclinado hacia un lado. Esto se ve en posiciones corporales (quién dirige el ritmo), en la cámara (a quién se enfoca) y en el lenguaje cuando aparece (órdenes, insultos, afirmación de posesión).

Para entender por qué esto importa socialmente, se aterriza con una idea básica de entender que la sexualidad es un campo donde circulan normas y poder; no es solo un asunto biológico (Foucault 1984/2019). Cuando un guion de dominación se repite como lo más común, puede reforzar la sensación de que así debe ser, aunque la vida sexual real sea mucho más diversa. Uno de los puntos más sensibles es el consentimiento. En muchas piezas del contenido observado es que el consentimiento no se muestra como conversación o acuerdo pues se da por hecho. Puede aparecer una pregunta breve como, “¿te gusta?”, pero rara vez aparece una negociación clara de límites. Y en escenas sin diálogo, el consentimiento queda totalmente supuesto. En la vida cotidiana, el consentimiento no es un “sí” abstracto; es una práctica comunicativa donde es importante preguntar, escuchar, parar, ajustar. Cuando en la pantalla se vuelve invisible, existe el riesgo de que se aprenda una idea equivocada de que el sexo se entiende solo y que hablar es opcional.

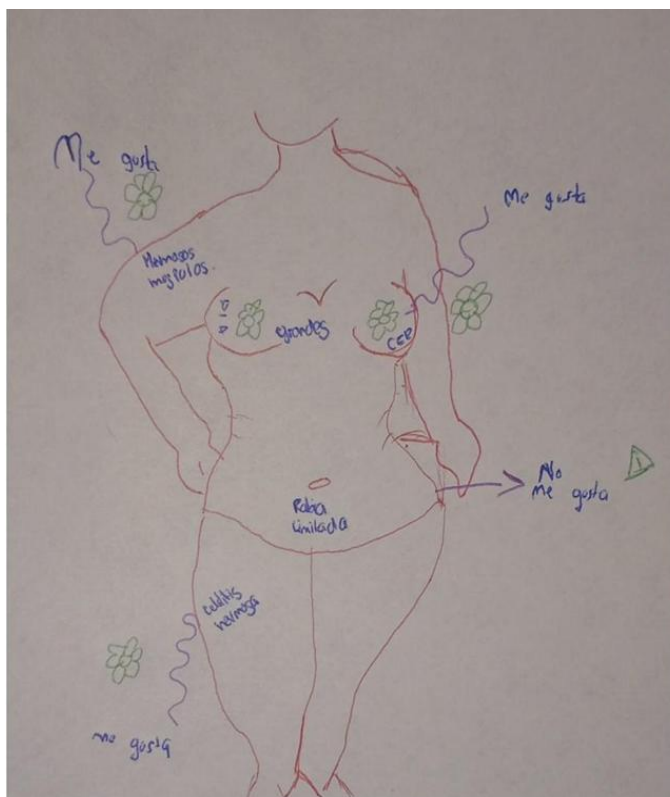
7.18. Lenguaje y mandato: cuando la palabra ordena la escena

Aunque el porno de plataforma privilegia lo visual, cuando la palabra aparece no es neutra. Suele cumplir tres funciones: (1) construir la historia (rol play), (2) intensificar el control (ordenar, instruir, humillar) y (3) simular una forma mínima de consentimiento (preguntas cortas). Judith Butler (1993/2002), plantea que el género se hace y se sostiene por repetición de actos y palabras pues se aprende en lo que se repite, en lo que se actúa una y otra vez. En el porno, eso se nota en cómo ciertos términos fijan posiciones (“la sumisa”, “el que manda”) y en cómo algunas escenas repiten una idea y el deseo masculino como motor, el femenino como disponibilidad.

En las entrevistas aparecen experiencias distintas según la posición social y la identidad. Para algunas personas, buscar pornografía no centrada en el guion heterosexual dominante fue una forma de encontrar representación y aprender prácticas más diversas. Para otras, incluso dentro de esas categorías, lo que aparece es estereotipo como cuerpos y roles reducidos a una etiqueta. Aquí vuelve un punto en que la plataforma vende categorías, pero las personas leen desde su historia. Por eso, más que afirmar que la pornografía libera o la pornografía oprime, lo que muestran los datos es un campo de tensiones como el mercado de etiquetas, búsqueda de sentido, y estrategias de cuidado.

Ilustración 5

Cartografía P7: marcas de gusto, disgusto y zonas.



Nota. Fuente trabajo de campo, Cartografías corporales, 2025.

Esta cartografía se incluye porque muestra una lectura personal del cuerpo que no cabe del todo en las etiquetas de plataforma, hay zonas que gustan, zonas que no, y comentarios que mezclan placer, estética y experiencia. Ayuda a sostener que la vida corporal es más compleja que el guion pornográfico.

7.19. Síntesis triangulada: convergencias, tensiones, aportes y propuesta de escritura clara

A continuación, se presenta una matriz de síntesis. No pretende cerrar el tema, sino ordenar la conversación, cuáles fueron las convergencias más claras, qué tensiones aparecieron entre fuentes y qué vacíos quedan como preguntas futuras.

Tabla 1*Matriz de triangulación (síntesis).*

Eje	Análisis de contenido	Entrevistas	Cartografías
Acceso y circulación	Oferta organizada por plataformas y etiquetas; lógica de recomendación; contenido principalmente de grandes sitios.	Rutas variadas: sitios, redes y chats; consumo móvil; secreto y modo alerta.	Marcas indirectas del secreto y la autoobservación (cabeza/ansiedad); notas sobre lo que el porno resalta.
Cuerpo y mirada	Fragmentación del cuerpo; foco en zonas; rostro poco visible; canon corporal dominante.	Relatos de comparación y presión; búsqueda de cuerpos diversos en algunos casos.	Mapas con placer e inseguridad en el mismo cuerpo; zonas ‘importantes’ repetidas.
Poder y consentimiento	Guiones de dominación frecuentes; consentimiento a menudo supuesto o poco narrado.	Descripciones de Presión por rendimiento y desaprendizajes	Marcas de tensión; notas sobre límites y lo que incomoda.
Identidad y territorio	Identidad aparece como etiqueta (colombiana/paisa/trans, etc.) y como filtro de búsqueda.	Uso de categorías para explorar orientación e identidad; crítica a estereotipos.	Lenguaje propio del cuerpo: no cabe del todo en etiquetas; mezcla de gusto, estética y biografía.

Conclusiones

A partir del exhaustivo proceso investigativo desarrollado mediante un diseño cualitativo, se logra concluir que las dinámicas socioculturales del consumo de pornografía en adultos jóvenes de Medellín están mediadas por una compleja relación entre la tecnología y la subjetividad. Indiscutiblemente, uno de los hallazgos más potentes de este estudio es la reconfiguración del espacio íntimo a través del dispositivo móvil, el cual ha pasado a funcionar como un “cuarto propio portátil”. Este fenómeno permite que el sujeto gestione su placer y explore su deseo bajo una economía del secreto, una táctica necesaria para sortear el estigma social y la vigilancia que aún impera en los entornos familiares y públicos de la ciudad. Dado que el celular garantiza una hiperprivacidad antes inexistente, el consumo se ha desplazado de escenarios compartidos a una vivencia profundamente individualizada, donde la interfaz digital actúa como una infraestructura que protege y, al mismo tiempo, moldea la experiencia erótica. Por consiguiente, se obtuvo como resultado que el acceso constante y discreto no solo facilita la visualización de contenidos, sino que transforma la manera en que los jóvenes habitan su cotidianidad, integrando el consumo digital como una práctica ordinaria que redefine los límites entre lo privado y lo público en el contexto urbano contemporáneo.

Simultáneamente, la investigación permitió confirmar que la pornografía se ha instaurado como una “pedagogía informal” de la sexualidad, operando de manera efectiva ante los vacíos crónicos de la educación sexual institucionalizada. Los datos recopilados demuestran que el inicio del consumo se produce en etapas vitales tempranas, lo que posiciona a estas imágenes como el primer referente práctico sobre el cuerpo, el desempeño y el placer. En efecto, esta situación conlleva tensiones profundas, ya que la industria pornográfica opera bajo una lógica de fragmentación corporal y una narrativa de la “carne-mercancía” propia del capitalismo farmacopornográfico. Ahora bien, esta fragmentación no es solo técnica referida al uso de planos cerrados y montajes rítmicos, sino simbólica, pues enseña a los usuarios técnicas de la mirada que aíslan el cuerpo en unidades de rendimiento y belleza técnica. Teniendo en cuenta este panorama, se concluye que los jóvenes incorporan guiones de comportamiento y estándares estéticos normativos que, al ser contrastados con su realidad física, generan frustraciones significativas. El logro de este análisis radica en haber evidenciado que la pornografía no solo muestra cuerpos, sino que prescribe una forma específica de valorarlos, convirtiendo la diversidad biológica en una serie

de modelos estandarizados que los sujetos intentan, a menudo sin éxito, emular en sus propias trayectorias de vida.

De la misma forma, el uso de las cartografías corporales como herramienta de recolección de datos arrojó luz sobre las dimensiones afectivas y sensoriales que el discurso verbal suele omitir, permitiendo identificar las denominadas “zonas de conflicto” en la geografía física de los participantes. Se obtuvo como resultado que la comparación constante con los ideales de la pantalla produce una serie de inseguridades localizadas que afectan la autoimagen y la seguridad personal en los encuentros eróticos presenciales. No obstante, la investigación también permitió observar que los consumidores no desempeñan un papel meramente pasivo o alienado frente a estos discursos hegemónicos. A saber, se documentó la emergencia de “tácticas de resistencia” a través de las cuales los jóvenes buscan representaciones disidentes, pornografía ética o contenidos que desafíen los cánones tradicionales de belleza y género. Así pues, el estudio concluye que el campo del placer digital es un territorio de tensiones permanentes donde, si bien existen presiones biopolíticas para la normalización de los cuerpos, también persisten agencias individuales que luchan por construir una subjetividad propia. En síntesis, el trabajo cumplió con el objetivo de demostrar que el consumo de pornografía en Medellín es un fenómeno polifónico que refleja las luchas contemporáneas por la autonomía corporal, la identidad y el derecho a un deseo que escape a las lógicas de la pura mercancía, aportando así una base científica necesaria para futuras intervenciones en salud sexual y cultura digital.

En este mismo sentido, se establece que la territorialidad digital en Medellín no se agota en el uso del dispositivo, sino que se extiende a la creación de etiquetas locales que mercantilizan la identidad regional. Las categorías como paisa o colombiana no operan como simples descriptores geográficos, sino como promesas de cercanía o de exotismo que activan atajos interpretativos en un mercado saturado de imágenes. Esta dinámica refuerza una economía de la atención donde el deseo se entrena para reconocer lo propio bajo la estética del espectáculo, vinculando el ojo urbano con las representaciones globales del capital. Por tanto, lo local se vuelve un producto de consumo rápido que predetermina las formas en las que los jóvenes se ven a sí mismos y a sus pares dentro de la ciudad.

Asimismo, se concluye que el tránsito digital cotidiano, especialmente mediante el gesto del scroll, ha integrado la pornografía en la rutina de los jóvenes de manera casi invisible. La navegación por plataformas como X o Telegram permite que el contenido sexual se mezcle con

conversaciones y noticias, diluyendo la separación entre el ocio ordinario y la búsqueda de placer. Este acceso facilita una economía informal del contenido donde se redistribuyen materiales de pago de forma gratuita, lo que genera circuitos de confianza y redes de intercambio que escapan a los sitios industriales tradicionales. De esta manera, el placer digital se organiza como un entramado de trayectorias donde el usuario no es solo un espectador, sino un gestor de su propio archivo de imágenes.

Por otra parte, la investigación revela que el consumo de pornografía está atravesado por un ciclo emocional complejo que oscila entre la curiosidad y la culpa. Para muchos participantes, el acto de ver imágenes sexuales inicia con una excitación que debe ser administrada bajo un modo alerta, vigilando constantemente el entorno físico para no ser descubierto. Al finalizar el consumo, suele emerger un sentimiento de vacío o de disonancia moral que refleja la persistencia de estigmas sociales sobre el cuerpo y el deseo. Sin embargo, en los casos donde se encuentran representaciones más cuidadas o diversas, este ciclo puede transformarse en una experiencia de alivio, validación y felicidad, demostrando que el impacto afectivo depende profundamente de la calidad del material y del contexto del sujeto.

Desde una perspectiva antropológica, se confirma que el cuerpo es habitado como un mapa de afectos donde conviven el placer y la inseguridad. Las cartografías corporales evidencian que los estándares de la pantalla no permanecen en la superficie, sino que se incorporan como zonas de conflicto en la autoimagen de los jóvenes. La comparación con modelos de rendimiento exagerado y bellezas normativas genera una presión constante, especialmente en los hombres, quienes miden su valor a través de la potencia y la duración dictada por el guion pornográfico. Por consiguiente, la fragmentación corporal que enseña la industria termina por despersonalizar la experiencia erótica, reduciendo la totalidad biográfica de la persona a una suma de partes funcionales y deseables bajo la mirada del mercado.

No obstante, un hallazgo fundamental es la capacidad de los jóvenes para desaprender el porno y buscar formas de autonomía. El proceso de reflexión sobre lo consumido permite que surjan distancias críticas, donde el usuario reconoce la ficción del producto y protege su vida sexual de las expectativas irreales de la pantalla. Esta búsqueda de otras categorías y de pornografías disidentes funciona como un espejo identitario para las poblaciones LGBTIQ+, quienes utilizan estos archivos digitales para nombrar deseos que la educación formal ha silenciado. Así, la pornografía deja de ser solo un manual de instrucciones para convertirse en un campo de disputa

donde se negocia la visibilidad y el derecho a una identidad que escape a los estereotipos hegemónicos.

En definitiva, se concluye que la gestión de la intimidad en la era del capitalismo farmacopornográfico exige una nueva pedagogía de la mirada. Los vínculos afectivos en la vida líquida contemporánea tienden a ser frágiles y mediados por tecnologías que priorizan la satisfacción instantánea, lo que convierte al placer en un recurso susceptible de ser monetizado y controlado. Ante este panorama, es imperativo que los jóvenes desarrollen tácticas de resistencia que les permitan habitar sus cuerpos con mayor libertad y conciencia. La investigación demuestra que, a pesar de las presiones biopolíticas de normalización, el deseo sigue siendo un espacio de creación y de encuentro donde es posible construir nuevas formas de relación consigo mismo y con los otros, basadas en el consentimiento y el reconocimiento de la diversidad humana.

En consecuencia, se establece que la territorialidad digital en Medellín no se agota en el uso del dispositivo, sino que se extiende a la creación de etiquetas locales que mercantilizan la identidad regional. Las categorías como paisa o colombiana no operan como simples descriptores geográficos, sino como promesas de cercanía o de exotismo que activan atajos interpretativos en un mercado saturado de imágenes. Esta dinámica refuerza una economía de la atención donde el deseo se entrena para reconocer lo propio bajo la estética del espectáculo, vinculando el ojo urbano con las representaciones globales del capital. Por tanto, lo local se vuelve un producto de consumo rápido que predetermina las formas en las que los jóvenes se ven a sí mismos y a sus pares dentro de la ciudad.

Asimismo, se concluye que el tránsito digital cotidiano, especialmente mediante el gesto del scroll, ha integrado la pornografía en la rutina de los jóvenes de manera casi invisible. La navegación por plataformas como X o Telegram permite que el contenido sexual se mezcle con conversaciones y noticias, diluyendo la separación entre el ocio ordinario y la búsqueda de placer. Este acceso facilita una economía informal del contenido donde se redistribuyen materiales de pago de forma gratuita, lo que genera circuitos de confianza y redes de intercambio que escapan a los sitios industriales tradicionales. De esta manera, el placer digital se organiza como un entramado de trayectorias donde el usuario no es solo un espectador, sino un gestor de su propio archivo de imágenes.

Por otra parte, la investigación revela que el consumo de pornografía está atravesado por un ciclo emocional complejo que oscila entre la curiosidad y la culpa. Para muchos participantes,

el acto de ver imágenes sexuales inicia con una excitación que debe ser administrada bajo un modo alerta, vigilando constantemente el entorno físico para no ser descubierto. Al finalizar el consumo, suele emerger un sentimiento de vacío o de disonancia moral que refleja la persistencia de estigmas sociales sobre el cuerpo y el deseo. Sin embargo, en los casos donde se encuentran representaciones más cuidadas o diversas, este ciclo puede transformarse en una experiencia de alivio, validación y felicidad, demostrando que el impacto afectivo depende profundamente de la calidad del material y del contexto del sujeto.

Desde una perspectiva antropológica, se confirma que el cuerpo es habitado como un mapa de afectos donde conviven el placer y la inseguridad. Las cartografías corporales evidencian que los estándares de la pantalla no permanecen en la superficie, sino que se incorporan como zonas de conflicto en la autoimagen de los jóvenes. La comparación con modelos de rendimiento exagerado y bellezas normativas genera una presión constante, especialmente en los hombres, quienes miden su valor a través de la potencia y la duración dictada por el guion pornográfico. Por consiguiente, la fragmentación corporal que enseña la industria termina por despersonalizar la experiencia erótica, reduciendo la totalidad biográfica de la persona a una suma de partes funcionales y deseables bajo la mirada del mercado.

No obstante, un hallazgo fundamental es la capacidad de los jóvenes para desaprender el porno y buscar formas de autonomía. El proceso de reflexión sobre lo consumido permite que surjan distancias críticas, donde el usuario reconoce la ficción del producto y protege su vida sexual de las expectativas irreales de la pantalla. Esta búsqueda de otras categorías y de pornografías disidentes funciona como un espejo identitario para las poblaciones LGBTIQ+, quienes utilizan estos archivos digitales para nombrar deseos que la educación formal ha silenciado. Así, la pornografía deja de ser solo un manual de instrucciones para convertirse en un campo de disputa donde se negocia la visibilidad y el derecho a una identidad que escape a los estereotipos hegemónicos.

En definitiva, se concluye que la gestión de la intimidad en la era del capitalismo farmacopornográfico exige una nueva pedagogía de la mirada. Los vínculos afectivos en la vida líquida contemporánea tienden a ser frágiles y mediados por tecnologías que priorizan la satisfacción instantánea, lo que convierte al placer en un recurso susceptible de ser monetizado y controlado. Ante este panorama, es imperativo que los jóvenes desarrollen tácticas de resistencia que les permitan habitar sus cuerpos con mayor libertad y conciencia. La investigación demuestra

que, a pesar de las presiones biopolíticas de normalización, el deseo sigue siendo un espacio de creación y de encuentro donde es posible construir nuevas formas de relación consigo mismo y con los otros, basadas en el consentimiento y el reconocimiento de la diversidad humana

La investigación demuestra que el consumo de pornografía en Medellín no puede entenderse simplemente como un acto de ocio, sino como una práctica social situada que refleja las tensiones de la vida urbana contemporánea. La territorialidad digital permite que el celular funcione como un espacio de autonomía, pero este se encuentra permanentemente vigilado por una economía del secreto que obliga a los jóvenes a gestionar su deseo entre la curiosidad y el temor al estigma. Esta ambivalencia se ve reforzada por la mediación algorítmica, la cual entrena la mirada para reconocer cuerpos fragmentados y estandarizados, convirtiendo el placer en un proceso de consumo rápido que a menudo ignora la complejidad de los sujetos.

Asimismo, se establece que las etiquetas locales como paisa o colombiana operan como potentes herramientas de mercantilización de la identidad, donde la cercanía geográfica se utiliza para generar una promesa de autenticidad que el mercado captura y vende como fetiche. Sin embargo, el estudio también revela que los jóvenes no son receptores pasivos ante estas imágenes. El acto de desaprender el porno y la búsqueda activa de representaciones disidentes constituyen tácticas de resistencia que buscan devolverle al cuerpo su totalidad biográfica y emocional. El uso de las cartografías corporales permitió visibilizar que, aunque existan zonas de conflicto generadas por la comparación estética, también hay un esfuerzo por habitar el cuerpo desde la agencia y el consentimiento.

Finalmente, se concluye que es urgente transitar hacia una pedagogía de la mirada que supere los enfoques moralistas y reconozca la pornografía como una pedagogía informal que requiere ser analizada críticamente en los espacios educativos. El estudio aporta una base sólida para comprender que la intimidad en Medellín está atravesada por las lógicas del capitalismo farmacopornográfico, pero que en las grietas de este sistema los sujetos logran construir formas de afecto más conscientes. Esta investigación cierra reafirmando que el deseo sigue siendo un territorio en disputa donde la subjetividad joven intenta liberarse de las presiones de rendimiento para encontrar modos de relación más éticos, diversos y genuinamente humanos.

Referencias

- Aguinaga Aillón, D. J. (2010). *Pornografía en internet: visualidad y representación corporal* [Tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador]. Repositorio UASB-DIGITAL. <https://bit.ly/4sq7lcj>
- Arenas Arroyave, J. E. (2025). *Experiencias del consumo de pornografía en jóvenes del municipio de Jardín, Antioquia* [Tesis de pregrado, Universidad de Antioquia]. Repositorio Institucional UdeA. <https://bit.ly/3QiSnYd>
- Asman, I. C. (2023). "Any performer you pick!" Playful manifestations of porn spectatorship. *Sexualities*, 26(8), 893–908. <https://doi.org/10.1177/1363460720967649>
- Auriemma, V. (2025). Digitalisation of sexuality: Emotional embodiment and processes of co-construction of knowledge. *Academicus International Scientific Journal*, 16(32), 120–131. <https://bit.ly/3Qz9kxF>
- Bauman, Z. (2018). *Amor líquido: Sobre la fragilidad de los vínculos humanos* (A. Santos Mosquera, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 2003).
- Bauman, Z. (2010). *Vida líquida* (A. Santos Mosquera, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 2005).
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción: criterios y bases sociales del gusto* (M. C. Ruiz de Elvira, Trad.). Taurus. (Obra original publicada en 1979).
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina* (J. Jordá, Trad.). Anagrama. (Obra original publicada en 1998).
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico* (A. Dilon, Trad.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1980).
- Buitrago Villa, J. S. (2018). *Homo pornográfico : consumo de pornografía heterosexual en la construcción social e individual de las masculinidades: el despliegue de las sexualidades* [Tesis de pregrado, Universidad de Antioquia]. Repositorio Institucional UdeA. <https://bit.ly/3Q5yAeX>
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan: Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"* (A. Bixio, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1993).
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad* (M. A. Muñoz, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1990).
- Clorio Miranda, M. (2009). *En el nombre del porno... sorbo a sorbo* [Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México]. TESIUNAM. <https://bit.ly/4ssmmdG>
- De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano: Vol. 1. Artes de hacer* (A. Pescador, Trad.). Universidad Iberoamericana. (Obra original publicada en 1980).

- Flores Corona, L. G. (2020). *De la pantalla a la puesta en escena: una lectura de la pornografía desde la narrativa individual* [Tesis de licenciatura, Universidad Iberoamericana Puebla]. Repositorio Institucional IBERO Puebla. <https://bit.ly/4cg13pK>
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión* (A. Garzón del Camino, Trad.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1975).
- Foucault, M. (2005). *Historia de la sexualidad I: la voluntad de saber* (U. Guinazu, Trad.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1976).
- Foucault, M. (2019). *Historia de la sexualidad II: el uso de los placeres* (M. Soler, Trad.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1984).
- Foucault, M. (2019). *Historia de la sexualidad III: La inquietud de sí*. (T. Segovia, Trad.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1984).
- Foucault, M. (2019). *Historia de la sexualidad IV: Las confesiones de la carne* (H. Pons, Trad.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 2018).
- González Montero, S. A. (2007). Pornografía y erotismo. *Estudios de Filosofía*, (36), 223–245. <https://bit.ly/4vqBNpq>
- Gubern, R. (2005). *La imagen pornográfica y otras perversiones ópticas* (ed. rev. y amp.). Anagrama. (Obra original publicada en 1989).
- Kempton, S. D. (2020). Erotic extortion: Understanding the cultural propagation of revenge porn. *Sage Open*, 10(2), 1–9. <https://doi.org/10.1177/2158244020931850>
- Lagunes Vásquez, M. (1995). *El video porno en los adolescentes en una colonia de Tlalnepantla, Estado de México, 1994* [Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México]. TESIUNAM. <http://bit.ly/48FY5tu>
- Lawless, N. J., & Karantzas, G. C. (2024). Porn or partner arousal? When it comes to romantic relationships, not all sexual arousal is equal: A prospective study. *Archives of Sexual Behavior*, 53, 3451–3460. <https://doi.org/10.1007/s10508-024-02985-4>
- Le Breton, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad* (P. Mahler, Trad.). Nueva Visión. (Obra original publicada en 1990).
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio* (E. Martínez Gutiérrez, Trad.). Capitán Swing. (Obra original publicada en 1974).
- Macdowall, W. G., Lewis, R., Reid, D., Mitchell, K. R., Pérez, R. B., Maxwell, K. J., & Bonell, C. (2025). Pornography use among adults in Britain: A qualitative study of patterns of use, motivations, and stigma management strategies. *Archives of Sexual Behavior*, 54, 1589–1599. <https://doi.org/10.1007/s10508-025-03112-7>
- McCormack, M., & Wignall, L. (2017). Enjoyment, Exploration and Education: Understanding the Consumption of Pornography among Young Men with Non-Exclusive Sexual Orientations. *Sociology*, 51(5), 975–991. <https://doi.org/10.1177/0038038516629909>

- Mauss, M. (1996). Las técnicas del cuerpo. En J. Crary & S. Kwinter (Eds.), *Incorporaciones* (pp. 385–407). Cátedra. (Obra original publicada en 1934).
- Morales Aguayo, K. V. (2020). *Análisis narrativo del cuerpo heterosexual en la industria cultural de la pornografía virtual*. [Tesis de licenciatura, Universidad Politécnica Salesiana]. Repositorio Institucional de la Universidad Politécnica Salesiana. <https://bit.ly/41uUwCA>
- Perry, S. L., & Whitehead, A. L. (2020). Do people in conservative states really watch more porn? A hierarchical analysis. *Socius: Sociological Research for a Dynamic World*, 6, 1–10. <https://doi.org/10.1177/2378023120908472>
- Preciado, B. (2002). *Manifiesto contrasexual: prácticas subversivas de identidad sexual* (J. Díaz y C. Meloni, Trads.). Opera Prima. (Obra original publicada en 2000).
- Preciado, B. (2008). *Testo yonqui*. Espasa.
- Preciado, B. (2010). *Pornotopía: Arquitectura y sexualidad en «Playboy» durante la guerra fría*. Anagrama.
- Rengifo Carpintero, J. A., & Díaz Caicedo, C. H. (2014). El cuerpo contemporáneo: un cuerpo pornográfico. *Revista de antropología y sociología: Virajes*, 16(1), 209-231. <https://bit.ly/3NYmcgb>
- Roda, L. (2024). ¿Qué feminidad trans para la pornografía industrial?: un breve análisis etnográfico de la representación de mujeres trans en el porno [Ponencia]. *Jornadas sobre Pornografía, Artes, Medios y Activismos*, Buenos Aires, Argentina. <https://bit.ly/4mvCQk8>
- Segato, R. L. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Thorneycroft, R. (2025). ‘Straight sex in porn is anything but just straight’: Exploring queer heteroporn. *Sexualities*, 28(3), 1173–1190. <https://doi.org/10.1177/13634607241248893>
- Umpiérrez-Vega, S., Corpodean, A. D., Fernández-Roldán, A., & Burgos-Jiménez, R. J. (2025). Nueva Pornografía y Sexting de Riesgo en Jóvenes de Granada (España). *ANDULI*, 28, 197–222. <https://doi.org/10.12795/anduli.2025.i28.08>